





EN LA SEMANA



Colección Literatura en Acción

# EN LA SEMANA

---

*David Viñas*

*Ediciones* 

Viñas, David

En la semana. - 1a ed. - Buenos Aires: RyR, 2011.  
118 p. ; 17x12 cm.

ISBN 978-987-1421-45-9

1. Literatura Argentina. I. Título.  
CDD A860

©CEICS-Ediciones ryr, 2011, Buenos Aires, Argentina  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723  
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.  
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.  
Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, marzo de 2011  
Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino  
Dirección de la colección: Rosana López Rodriguez  
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello  
Diseño de interior: Mara Soledad López  
[www.razonyrevolucion.org.ar](http://www.razonyrevolucion.org.ar)  
[editorial@razonyrevolucion.org.ar](mailto:editorial@razonyrevolucion.org.ar)

*Para Vanesa Pereyra*



## Nota a la presente edición

Al momento de entrar a imprenta con este libro nos enteramos del fallecimiento de su autor. Lamentablemente, él no pudo cotejar las pruebas de imprenta como hubiera querido. Sin embargo, la presente edición respetó las correcciones, los añadidos y las sugerencias que David nos hizo. Sabemos que le hubiera gustado ver esta nueva edición en las calles, así como los títulos de su autoría que estamos preparando: *Cayó sobre su rostro* y *Dar la cara*. No pudo ser así. Es para nosotros un orgullo poder reeditar su obra, y le estaremos infinitamente agradecidos por su generosidad y el entusiasmo que mostró hacia nuestra flamante *Biblioteca Militante*. A su memoria dedicamos, obviamente, este libro.



## **Un protagonismo histórico y contradictorio**

La pequeña burguesía y la política  
en la literatura argentina

Rosana López Rodríguez

### **Político, prolífico y premiado**

Nacido el 28 de julio de 1929, en Buenos Aires, David Viñas recogió en su propia familia el impulso literario:

“Mi padre me alentó, pero no con libros. Sino hablándome de la ciudad del 900, de la Patagonia y de los fusilamientos. De Anaya, Varela y sus miserias. Del cañadón de la Yegua Quemada. Y del teatro de Martínez Cuitiño, del ‘Malón blanco’ (...). Todo eso. El clima. Por parte de mi padre. Por parte de mi madre: los pogroms, la huida desde Odessa, el acorazado de Potemkim y sus tres hermanas sentadas en la famosa escalinata; Ana, Elisa y María. Y el puerto de New York –a lo Chaplin– y la bobo que no pudo entrar por la conjuntivitis. Y el rancho negro del yeide. Y el barco con las tres chimeneas. Y las tres tapas del reloj de Leipzig. Pero, sobre todo, el pelo rojo de Simón. Digo: de Simón Radowitzky. Que había venido con ellos, 18 años, aire bíblico, brazos demasiado largos, ojos transparentes. Y cargarse a Falcón. En un

ángulo de la sala había una foto de Simón con uniforme de penado... Ése era el clima. La temperatura. La salsa.”<sup>1</sup>

Ingresó en el Liceo Militar, a causa de las serias penurias económicas familiares, a la edad de 13 años, donde pudo estudiar gracias a una beca. Lo expulsarían por insultar en público a un superior. Durante el gobierno peronista fue un destacado líder estudiantil en la Facultad de Filosofía y Letras, donde conoció a Adelaida Gigli, su futura esposa y madre de sus dos hijos, y a los otros intelectuales con los que fundaría una publicación mítica de los '50: *Contorno*. En esta conjunción entre la literatura y la política, brotará casi naturalmente la “apuesta” del autor de *En la semana*: “El intento de relacionar el programa ideológico-político de una generación y sus producciones literarias es el movimiento articulador básico de la crítica de Viñas; se podría decir que aquí comienza lo que se concretará en *Literatura argentina y realidad política...*”<sup>2</sup>

En 1955 publicó su primera novela, *Cayó sobre su rostro* y, al año siguiente, la segunda, *Los años despiadados*, aunque tiempo después el autor declararía que ésta había sido escrita con anterioridad a la que marcaría formalmente el inicio de su tarea literaria. Ese mismo año, su cuento “El desconocido” fue premiado por la Dirección General de Cultura. En 1957, *Un dios cotidiano* recibió el Premio Guillermo Kraft. Prolífico, *Los dueños de la tierra* verá la luz en 1958, año en el que obtuvo la Faja de Honor de la SADE y el premio de la editorial Losada. También se estrenó *El jefe*, una película de Fernando Ayala, con guión suyo que remite al fenómeno del peronismo. Esta dupla se repitió al año siguiente, con el estreno de *El candidato* y en 1960, con *Sábado a la noche, cine*. En 1962, otra novela premiada fue llevada al cine dirigida por José Martínez

---

<sup>1</sup>En *Capítulo. La historia de la literatura Argentina*, n° 148, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982.

<sup>2</sup>Mangone-Warley, op. cit., p. 450.

Suárez: *Dar la cara*, Premio Nacional de Literatura. Con la tesis *La crisis de la ciudad liberal*, se doctoró en Letras en la Universidad de Rosario en 1963, año en el que dio a la imprenta también un libro de cuentos, *Las malas costumbres*, cuyas historias se sitúan, otra vez, bajo el peronismo.

Durante el resto de la década intercalaría la crítica con la producción literaria: en 1964 publicó por primera vez un texto que sería objeto de varias reescrituras, *Literatura argentina y realidad política*; al año siguiente, *Laferrère, del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*; *En la semana trágica* es de 1966; *Hombres de a caballo*, de 1967, año en el que recibió el Premio Casa de las Américas, y *Cosas concretas*, de 1969. Dos años después volvió al ensayo con la reedición, sensiblemente modificada, de *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar*, y con *Rebeliones populares argentinas: de los montoneros a los anarquistas*. Ese mismo año recibe otro Premio Nacional de Literatura, esta vez por la novela *Jauría*; el Premio Nacional de Teatro llegará con *Lisandro*. Su segunda obra teatral, *Tupac Amaru*, se estrenó en 1972 y recibió el Premio Nacional de la Crítica en 1973. Se editará en 1974, junto con *Dorrego y Maniobras*. Una nueva edición de su obra clave, esta vez con el título *Literatura argentina y realidad política. Apogeo de la oligarquía*, aparecerá al filo del Proceso, en 1975.

De padre yrigoyenista, nunca ocultó su simpatía por sus orígenes radicales, si bien siempre se distanció de programas políticos y partidos, tanto de los de la izquierda revolucionaria como de las agrupaciones tradicionales.<sup>3</sup> Aunque no era militante orgánico, pocos meses después de que comenzara el Proceso de Reorganización Nacional conoció el exilio. Corría julio de 1976. Primero en España, donde se desempeñó como profesor invitado, igual que en

---

<sup>3</sup>Croce, Marcela: *David Viñas. Crítica de la razón polémica*, Suricata, Buenos Aires, 2005.

Francia, Dinamarca y Alemania. También se dedicó al periodismo. La nota más dura fue, sin dudas, la desaparición de sus dos hijos:

“Cinco meses después de haberme instalado en Europa, recibí una carta de Adelaida, mi esposa, anunciándome que había desaparecido la nena. Y en el '79, me llamó a El Escorial, un pueblito de España donde estaba viviendo, una mujer a la que yo no conocía, para avisarme que habían asesinado a Lorenzo Ismael. Una locura, me daba la cabeza contra la pared. Qué vamos a hacer, muchas veces las cosas vienen así y no queda otra que aceptarlas.”<sup>4</sup>

Su hija, María Adelaida, ante la inminencia del secuestro, había alcanzado a dar a su nieta a una pareja; la niña fue entregada a una comisaría y poco después, a sus abuelos paternos.

En España continuó la tarea ensayística: *Qué es el fascismo en Latinoamérica* (1977); *Historia de América Latina: México y Cortés*; *Historia de América Latina: Expansión de la conquista* (1978) y *Carlos Gardel* (1979). Dos nuevas novelas resultarían del mismo esfuerzo: *Cuerpo a cuerpo* (1979) y *Ultramar* (1980). En 1981 se trasladó a México, donde fundó, junto con Pedro Orgambide, Jorge Boccanera, Alberto Ádelach y Humberto Costantini, la editorial Tierra del Fuego. También en México publica ensayos: *Indios, ejército y fronteras* (1982) y *Anarquistas en América Latina* (1983).

La democracia alfonsinista lo recibió en Buenos Aires, donde fue nombrado titular de la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Al año siguiente, otra historia suya fue puesta en el cine por Héctor Olivera, *La muerte blanca*. Dirigió un volumen colectivo, parte de un proyecto mayor, *Yrigoyen, entre Borges y Arlt*, en 1989. En 1991, le fue concedida la Beca Guggenheim, que rechazó. Explicó su conducta así: “Un

---

<sup>4</sup>Entrevista de Fabián Berenblum, *Lote*, n° 49. Tomado de [http://www.audiovideotecaba.gov.ar/areas/com\\_social/audiovideoteca/literatura/vinas\\_bio2\\_es.php](http://www.audiovideotecaba.gov.ar/areas/com_social/audiovideoteca/literatura/vinas_bio2_es.php)

homenaje a mis hijos. Me costó veinticinco mil dólares. Punto.” Dos años después publicó otra novela, *Prontuario* y en el '95, una nueva edición de *Literatura argentina y realidad política*, que subtitularía *De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Salió también *Claudia conversa* (novela), mientras se lo designaba profesor emérito de la UBA. En 1996 y 1998, respectivamente, nuevos volúmenes de su monumental estudio crítico de la literatura argentina, ahora dedicados al trayecto *De Lugones a Walsh* y *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos en USA*. En el 2000, *Menemato y otros suburbios* recogió ensayos periodísticos. Cuatro años después, la Fundación Konex le entregó el Premio Konex Diploma al Mérito en el rubro “Ensayo literario”. En los años siguientes, nuevas ediciones y reediciones mostrarían una vitalidad nunca acabada.

## Los intelectuales entre Perón y Frondizi

En el período que va desde la caída del peronismo, en 1955, hasta el comienzo del gobierno de facto de Onganía, en 1966, una fracción de los intelectuales de izquierda y de origen pequeño burgués experimentó una serie de transformaciones políticas que marcarían el resto de sus vidas. Esos intelectuales, que se encontraban en una zona marginal en términos institucionales y políticos antes de Frondizi y que no habían optado por el peronismo, a la vez que rechazaban la tradición intelectual liberal, realizaron un proceso de radicalización que llevó a muchos a militar en organizaciones políticas de la entonces llamada “nueva” izquierda.

En ese marco, buena parte tanto de la “vieja” como de la “nueva” izquierda brindaron su apoyo a la candidatura de Arturo Frondizi, quien resultó electo en febrero de 1958, después de una serie de negociaciones con Perón, a cambio del fin de la proscripción de su movimiento. Sin embargo, poco después de la llegada al poder del presidente “desarrollista”, todas las promesas comenzaron a frustrarse. Ya durante el primer año de gobierno se produjo un conflicto

de proporciones considerables que afectó muy especialmente a la fracción intelectual de la que nos ocupamos: el decreto que autorizaba el funcionamiento de universidades privadas, en particular las católicas. Siendo la universidad uno de los ámbitos privilegiados de reproducción de la intelectualidad pequeño burguesa, los estudiantes se opusieron con virulencia a la implementación del decreto. El episodio pasó a la historia como la lucha entre la enseñanza “laica”, defendida por las corrientes izquierdistas y centro-izquierdistas, y la “libre”, propugnada por la Iglesia Católica. No menos escándalo y oposición produjeron los contratos con empresas petroleras norteamericanas, sobre todo teniendo en cuenta que Frondizi había ganado las elecciones con un programa nacionalista y estatizante.

Por otro lado, las medidas económicas, que apuntaban hacia la racionalización que ya se había insinuado a finales del gobierno de Perón, provocaron un creciente rechazo en amplias capas obreras, con la consecuente respuesta estatal. La represión alcanzó su punto culminante en enero del '59, durante la huelga en el frigorífico Lisandro de la Torre, caracterizada por el presidente como “revolucionaria”. Como el proceso de luchas sociales no sólo no se interrumpe sino que continúa en alza, en marzo de 1960 Frondizi puso en práctica el plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) con el fin de reprimir las huelgas y las movilizaciones estudiantiles, en un marco dominado por el estado de sitio. Esta deriva desde lo “nacional-popular” anti-imperialista y filo-peronista hacia el liberalismo privatizador y extranjerizante, fue caracterizado por aquellos intelectuales que lo acompañaron en su fase de alza, como la “traición” Frondizi, una evolución que contrastaba notablemente con la que se observaba en la Revolución Cubana.

Uno de los tantos testimonios de la “frustración”, se encuentra precisamente en un texto que David Viñas escribió para el periódico *Marcha*, significativamente titulado “La generación traicionada”, de 1959. Esa sensación de traición abarcaba amplias capas intelectuales que llegaban bastante más allá de la izquierda, incluso

hasta el liberalismo, como la revista *Sur*, en la que Ernesto Sábato saludaba a los revolucionarios cubanos, a la vez que los oponía a la política pro-imperialista de Frondizi. El proceso de radicalización que se inició con la ilusión-frustración frondizista, se profundizaba, entonces, con el contra-ejemplo de la Revolución cubana.<sup>5</sup> Este recorrido que hemos señalado en términos generales para esta fracción de intelectuales argentinos, no es un fenómeno privativo de nuestro país, pues el proceso de transferencia de intelectuales pequeño burgueses hacia la clase obrera, en esta etapa, es mundial. Dicho proceso se hará todavía más acuciante durante los '70.

### Un *Contorno* particular

La tarea crítica de David Viñas dio sus primeros pasos en *Contorno*, una publicación de sólo diez números (los tres últimos, dobles) y dos *Cuadernos* (en 1957 y en 1959) que vio la luz entre 1953 y 1959 y que supo expresar como ninguna la crisis de los intelectuales pequeño burgueses de extracción universitaria. Integrada por Ramón Alcalde, David e Ismael Viñas, Noé Jitrik, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Adelaida Gigli, Regina Gibaja, Juan José Sebreli y Oscar Masotta, entre otros, sus primeros números denuncian las contradicciones de la democracia liberal, para inclinarse luego hacia una revalorización del peronismo y al apoyo al frondizismo. Cubre, entonces, la transición entre el peronismo en el poder y el peronismo en la oposición. La crítica literaria ocupa un lugar fundamental, sobre todo al comienzo.

Según Marcela Croce, "*Contorno* organiza un salto cualitativo en el campo intelectual argentino al quitar la especificidad de lo literario para aplicarle categorías que desde lo político y lo histórico

---

<sup>5</sup>Cfr. *El grillo de papel*, agosto-setiembre 1960.

tratan de explicarlo, de abrir una vía diferente a la académica”.<sup>6</sup> En realidad, la explicación de lo literario por “vías” históricas y políticas ya tenía larga data en la historia cultural argentina; baste recordar los trabajos de intelectuales del PCA, Agosti, por ejemplo. Lo mismo sucede con la supuesta novedad de una crítica literaria por fuera de la academia: el Partido Socialista y, en especial, el anarquismo tuvieron, antes de *Contorno*, una vasta experiencia en ese sentido. Si bien la revista se propuso analizar la literatura a partir de la política y la historia nacional (así como también pensar la literatura como un hecho político), lo particular, lo cualitativo de los contornistas es que imprimieron a sus trabajos un programa que entró en disputa con los otros que ya realizaban una tarea similar: contra la política cultural del PC y su “ortodoxia” y contra el liberalismo de *Sur* y sus líneas principales, como la martinfierrista de las vanguardias.

Más cerca de nuestra interpretación, Nicolás Rosa sostiene que *Contorno* se propuso “reflexionar críticamente sobre la literatura argentina como un hecho político oponiéndose en su interpretación a la crítica tradicional ideológicamente connotada por el pensamiento burgués y, al mismo tiempo, a la crítica formalizada ortodoxamente por la izquierda comunista”.<sup>7</sup> Sin embargo, tampoco Rosa precisa positivamente la naturaleza del programa que el contornismo defiende. Y de eso se trata: *Contorno* defiende un programa que puede caracterizarse genéricamente como nacionalismo democrático-popular. De allí su revalorización del peronismo, al mismo tiempo que su crítica.

Esta disputa con otros programas se expresó en el intento de reformulación del canon a partir de la inclusión de autores como

---

<sup>6</sup>Croce, Marcela: *Contorno. Izquierda y proyecto cultural*, Colihue, Buenos Aires, 1996, p. 171.

<sup>7</sup>Rosa, Nicolás: “La crisis del comentario”, en AA.VV., *Historia de la literatura argentina*, tomo 6, CEAL, Buenos Aires, 1982, p. 374.

Roberto Arlt y Ezequiel Martínez Estrada, a quien le dedican un número a modo de homenaje. La batalla por Arlt es ilustrativa de la diferenciación programática con el PC, partido al cual Raúl Larra había intentado arrimar al autor de *El juguete rabioso*. Cuando los contornistas dedicaron el n° 2 a la disputa, descartaron por “reconstrucción interesada” el texto de Larra e intentaron superarlo enlazando biografía, historia y análisis estilístico. De esa conjunción metodológica brota una reivindicación que destaca no sólo una ruptura literaria sino, sobre todo la exposición, desde el punto de vista del intelectual pequeño burgués, de la crisis social y la decadencia del yrigoyenismo.<sup>8</sup> También Martínez Estrada fue recuperado por su actitud denunciante. La denuncia significaba para los contornistas el fundamento del compromiso propuesto por Sartre, en lugar del “intelectual orgánico” de Gramsci (de hecho, *Contorno* tenía como modelo *Les temps modernes*). Según David Viñas, el intelectual pequeño burgués debía “desgarrarse de su clase” de origen para establecer nexos con la clase obrera, aunque sin la exigencia de la coherencia absoluta. Arlt y Martínez Estrada parecen, en perspectiva, ejemplos a seguir.

En tanto intelectuales pequeño burgueses, se proponían deliberadamente ambiguos, pretendidamente libres del respaldo de cualquier partido, cualquier programa y cualquier figura, independientes y críticos. Como dice Marcela Croce, este compromiso los convirtió en voceros de una clase a la que no se incorporarían nunca.<sup>9</sup> La denuncia se proponía, entonces, como la tarea propia del intelectual. El resultado expresa una cierta actitud negativa más que

---

<sup>8</sup>“En Arlt veíamos al primer escritor existencialista”, J. J. Sebreli, en Mangone, Carlos y Jorge Warley: “La modernización de la crítica. La revista *Contorno*”, en AA.VV. *Historia de la literatura argentina*, op. cit., p. 446. “Afirmar a Arlt significaba negar a Mallea y a la revista *Sur*.”, David Viñas en *Crisis*, n° 15, julio 1974.

<sup>9</sup>Según Croce, *Contorno* “escribe a favor de un proletariado que no figura ni siquiera como lector posible.” En Croce, *Contorno...*, op. cit., p. 23.

propositiva. Por eso, la poética de *Contorno* no puede caracterizarse con exactitud, salvo por la apreciación muy general de “realismo crítico”, definido por oposición al realismo, ya sea en sus variantes folklórico-costumbrista o “socialista”, y al formalismo, ya sea el de *Sur* (la línea del “decoro”, según Prieto) o el del surrealismo.

Esa pretendida posición de “ajenidad” en relación a la clase obrera iba, superficialmente, a romperse cuando el núcleo contornista se incorporara al gobierno de Frondizi. Decimos “superficialmente” porque su acercamiento a la clase obrera se daba, paradójicamente, a partir de un gobierno burgués. El frondizismo se les ocurría el vehículo de un acercamiento tal por su actitud conciliadora ante el peronismo, que expresaba la misma revalorización que el grupo había hecho años atrás. El nacionalismo reformista supuestamente democrático y modernizante de Frondizi se les ocurría el desemboque ideal del fracasado experimento peronista. Al mismo tiempo, era también una alternativa al comunismo, según David Viñas, “demasiado pendiente de la defensa de la URSS”. Con esta perspectiva, en la que no coincidían todos los contornistas, varios de los miembros más importantes del grupo se sumaron como funcionarios al gobierno (Noé Jitrik fue secretario en el Senado; Ramón Alcalde, ministro de Educación en Sante Fe; Ismael Viñas, subsecretario de Cultura; Susana Fiorito, miembro de la Convención del Partido). Se trataba, en realidad, de una diferencia de programas: el nacionalismo pequeño-burgués (*Contorno*), versus el socialismo versión stalinista.

Sin embargo, la “traición” de Frondizi trajo consigo la repulsa generalizada de sus aliados “de izquierda” y la crisis del grupo contornista. Algunos, como Ismael Viñas y Susana Fiorito, renunciaron a sus cargos. Por el contrario, la “permanencia de Jitrik en el marco político del frondizismo motivó su exclusión, en un número donde lo central era la desilusión ante un gobierno que ellos habían

apoyado en el momento de su elección”.<sup>10</sup> Como sucedió con otros grupos, la derechización del frondizismo los arrojó a las arenas de la experimentación política. En este caso, con la formación del Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), del que David Viñas se mantendrá a prudente distancia.

### **En la semana (trágica)**

Publicada originalmente, como hemos dicho, en 1966, la obra que aquí presentamos tiene en los episodios de la Semana Trágica de 1919 el marco histórico en el cual se desenvuelve el conflicto del protagonista. El hecho es suficientemente conocido: una huelga en los Talleres Metalúrgicos Vasena, desata una de las insurrecciones más importantes de la historia argentina, con centenares de muertos, choques con la policía, paralización de la ciudad, etc. La paranoia se adueña de Buenos Aires y el “maximalismo” (el “comunismo”, como se dirá después) se transforma en una fantasía omnipresente, en un contexto mundial todavía sorprendido por la Revolución Rusa. Grupos armados de civiles se organizan para “colaborar” con el gobierno, teniendo como blanco predilecto los barrios de obreros judíos de Villa Crespo y Once. Anarquista, judío y bolchevique se transforman en sinónimos de lo que, en la afebrada mente de la burguesía de la época, resultaba ser la revolución: los *niños bien* de la Liga Patriótica, con la anuencia del presidente, pretenderán evitar el complot revolucionario que creen en puerta.

En este contexto histórico, dijimos, se desenvuelve la historia de Camilo, un joven que, en defensa de su modo de vida, sale a las calles a perseguir obreros. Si bien tiene aspiraciones de ascenso social, pues pretende ingresar al “Club” o ir de vacaciones a Mar del Plata, en aquella época reservada a la élite, y sus relaciones se desenvuelven exclusivamente entre *niños burgueses*, siente por éstos

---

<sup>10</sup>Mangone y Warley, op.cit., p. 440.

una mezcla de desagrado y conmiseración. No casualmente se refiere a ellos utilizando siempre el mismo recurso: la animalización (los ingleses tienen “dentaduras de caballo”; un personaje, Juan de Dios tiene nariz de pájaro; su amigo, Goyo Larsen se sacude, cuando se ríe, como un elefante y “con aire perruno”; los niños bien “tienen cara de liebre”). Como contrapartida, siente fascinación por los militares, a los que considera sinónimo de virilidad y fuente de orden. La burguesía representa todo lo repudiable: el chusmerío, la falta de masculinidad y de acción, el palabrerío. Estas características las adjudica también al gobierno, al que acusa de incapacidad para la acción y de carencia de ideales: “era bastardo resolver una situación como la que estaba pasando la ciudad y el país, sí, echando mano de alcahuetes, viejas limosneras y cuchicheos telefónicos”.

Camilo exhibe sus dudas y sus contradicciones en sus actos: en el episodio en que persiguen al muchacho con una bandera probablemente roja, deja bien claro que podría haberlo alcanzado fácilmente si hubiera querido. Cuando recorre la ciudad con el Goyo Larsen, a quien no le gustan los barrios porque le provocan miedo (entiéndase, los suburbios obreros como el lugar de origen de los hombres peligrosos), Camilo siente que, más allá del aburrimiento, es un lugar donde “todos ayudaban a vivir”. En el episodio en el cual se devela la verdad de Camilo, su origen bastardo, se aclara aún más su posición de clase: Camilo es un desclasado, un pequeño burgués, rechazado constantemente por la clase dominante, y de la que toma distancia, pero hacia la que se siente atraído, en parte por envidia, en parte por intereses comunes.

Alfredo Rubione describe el procedimiento que opera en las novelas de Viñas de la siguiente manera: “Viñas ubica la cotidianidad de sus personajes, por lo general representativos de un conflicto mayor, entrelazada a sucesos históricos mayores que los incluyen y los explican.”<sup>11</sup> Y sin embargo, así como los episodios más generales

---

<sup>11</sup>Rubione, Alfredo: “La narrativa de 1955” en *Historia...*, op. cit., p. 474.

explican las conductas de los personajes, lo más interesante en Viñas es, precisamente, el movimiento inverso: justamente porque esos personajes constituyen la expresión de un conflicto mayor, funcionan como explicación para los procesos históricos y políticos más generales en los cuales se encuentran inscriptos. Dicho de otro modo, se establece una relación dialéctica entre las partes y el todo en la cual el todo justifica las partes e inversa y simultáneamente, las partes son la explicación del todo.

Esta novela, cuya anécdota inscribe el caso de Camilo en la coyuntura de la Semana Trágica, responde, en realidad, a una serie de consideraciones más generales. En un sentido amplio, *En la semana* expone una acertada caracterización de la fracción de clase a la que pertenece el protagonista: ambigua, contradictoria, desclasada. La novela constituye una reflexión sobre la pequeña burguesía frente a la crisis: o rompe con la burguesía, clase a la que en el fondo pertenece, lo cual implica olvidar ilusiones de ascenso social, o gira dramáticamente a la derecha. Es también una reflexión sobre los regímenes políticos de extracción pequeño burguesa (y cuya base electoral es, precisamente esa fracción de clase) que asumen como progresistas y van endureciendo sus posiciones hasta exhibirse abiertamente antiobreros, como el de Yrigoyen o el de Frondizi. Metáfora polisémica, la novela habla simultáneamente de su protagonista y de su autor, de aquella apuesta y de ésta, que enhebra en una sola línea dos momentos históricos de un actor esencial de la historia argentina, la pequeña burguesía o, como gusta al lenguaje popular, la clase media.

## **Esta edición**

La presente versión de *En la Semana Trágica*, que toma como referencia inicial la primera edición de Jorge Álvarez, de 1966, ha sido corregida por el autor, especialmente para Ediciones ryr. No sólo se ha modificado el título original, sino que se han incluido

fragmentos nuevos y cambios de tipo estilísticos y de ordenamiento. Su lectura no sólo resulta imprescindible por sus valores estéticos, como documento de una época, como forma de reflexión de la vida nacional y como radiografía de una clase, sino, sobre todo, como testimonio de un pensamiento y una literatura vital.

## Para seguir leyendo (y viendo)

Sobre la Semana trágica se ha escrito bastante. Los libros que tratan específicamente del hecho son:

Godio, Julio: *La Semana trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Bilsky, Edgardo: *La Semana trágica*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

También pueden consultarse los textos clásicos de la historia del movimiento obrero, que reflejan las tradiciones sindicalista, comunista y socialista respectivamente:

Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Líbera, Buenos Aires, 1975

Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Buenos Aires, 1958

Oddone, Jacinto: *Gremialismo proletario argentino*, Líbera, Buenos Aires, 1975

Para entender otros problemas ligados al hecho, pueden consultarse:

Sartelli, Eduardo: *La plaza es nuestra*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.

Panettieri, José: *Los trabajadores*, CEAL, Buenos Aires, 1982

Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo*, Ediciones Documentos, Buenos Aires, 1960

Del Campo, Hugo: *Los anarquistas*, CEAL, Buenos Aires, 1971

Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y Peronismo*, CLACSO, Buenos Aires, 1984

Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985

Oved, Iacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en argentina*, Siglo XXI, México, 1978

Suriano, Juan: *Anarquistas*, Manantial, Buenos Aires, 2001

Sobre otros hechos correspondientes a la misma coyuntura, véase:

Bayer, Osvaldo: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Buenos Aires, 1986

Bayer, Osvaldo: *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Galerna, Buenos Aires, 1974

Bayer, Osvaldo: *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, Galerna, Buenos Aires, 1970

Gori, Gastón: *La forestal*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988

Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera bajo Yrigoyen”, en *Razón y Revolución* n° 2, primavera de 1996

Memorias de participantes directos o indirectos del período (los tres primeros obreros comunistas y anarquistas y el último, un policía) que pueden ayudar a comprender el clima del momento son:

Varone, Domingo: *La memoria obrera*, Cartago, Buenos Aires, 1989

Lozza, Arturo Marcos: *Tiempo de huelgas*, Anteo, Buenos Aires, 1985

Riera Díaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, Edición del autor

Romariz, José: *La semana trágica*, Hemisferio, Buenos Aires, 1952

Para evaluaciones generales del gobierno de Yrigoyen, véase una visión crítica y otra complaciente, respectivamente:

Rock, David: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1984

Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de Argentina*, FCE, Buenos Aires, 1994 [véase crítica de este texto en Sartelli, Eduardo: “Celeste...”, op. cit.]

La Semana Trágica ha dado también material para la literatura, tanto en el momento mismo, como en la producción escrita posterior. Sobre lo primero, pueden leerse las sátiras de

Mono Sabio (Seud. de Alfredo Palacios Mendoza): *El crimen de la calle Brasil*, Los Contemporáneos, Buenos Aires, 1920. Reimpreso en *Razón y Revolución* n° 9, otoño de 2002 [Véase también allí el análisis de la obra por Rosana López Rodríguez: “Infancia, sátira y revolución”.]

Cancela, Arturo: “Una semana de holgorio”, en *Tres relatos porteños*, Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1995.

Muestras de lo segundo son:

Mazía, Floreal: *Enero rojo, Semana negra*, Cartago, Buenos Aires, 1974

Rivera, Andrés: *El profundo sur*, Alfaguara, Buenos Aires, 1999

El cine no ha sido generoso con este período, pero La Patagonia Rebelde, de Héctor Olivera, sobre la base del texto de Bayer ya citado, resulta un acercamiento interesante.



*En la semana*



*“Debo decir que en nuestra ciudad fermenta  
ya una crecida cantidad de pasiones  
colectivas que tienden a tomar forma, a tomar cuerpo”*

Joaquín V. González



## QUÉ YUNTA

A Camilo le entusiasmaban los militares. Como ciertas palabras: cureña, alférez, lanzazo; también Redoblar. “Me dan calor en las tripas” pensó y alzó la barbilla dejando que el agua de la ducha le corriera por el pecho. A eso no lo repetía en público y mucho menos entre sus amigos. Pero al terminar el Lasalle hubiera estado dispuesto a entrar de cadete: ahí dentro todo tenía punta, desde los botines charolados, la mirada de los tenientes, los ademanes enérgicos, hasta el pico de metal del kepí a la prusiana. El agua le seguía corriendo por el pecho y San Martín, bien visto, era una especie de pico afilado. Las patillas, la nariz, recordó Camilo. Un militar tenía algo de cóndor y los cóndores revolotean sobre los picos de los Andes que son americanos y aguileños. Viriles, de eso se trata. Los viriles sables de América. Andino, montañoso, militar, virilidad y Camilo paladeó esas palabras: le dejaban un gusto entre metálico y acre en la boca. Pensó en un cóndor, pensó en Olegario V. Andrade y se sonrió solapadamente murmurando Cumbres.

-¿Qué te pasa? - Casiaburu se asomaba desde la ducha de al lado.

–Nada. Nada - Camilo lo miró: a Casiaburu el pelo mojado le caía como unas algas sobre las orejas – El jabón -dijo.

–¿Qué?

–Pasáme el jabón, hombre.

Casiaburu desapareció un momento, una mano pasó por encima del tabique tendiendo una pastilla verde y Camilo empezó a frotarse el cuerpo: andinos, viriles, picudos, los cóndores de Andrade que había aprendido con el Padre Lostalé Tú recitas finamente, Camilo. Tú recitas, vosotros hubierais o hubieseis recitado y Su Alteza Real la Princesa de Asturias en el patio del Lasalle me escucha con un aspecto de abadesa condescendiente y medio sorda. Finamente, Camilo. Asturias, princesas, navajas, coroneles como filos y Camilo se jabonaba marcando unos círculos acompañados sobre el pecho. En la ducha de enfrente el Goyo Larsen pegaba unos saltitos y era un elefante con esa piel tan blanca salpicada de lunares descoloridos. Jeje se estremecía el Goyo encorvándose apenas: si no tenía orejas flácidas, calculó Camilo, por lo menos zangoloteaba esos rollos de las caderas como un elefante blanco. Jeje seguía el Goyo Larsen y guiñaba los ojos como si lo invitara a meterse bajo esa ducha helada. Un elefante es todo lo contrario a una cosa viril; es una cosa fofa. Por cierto, tienen los colmillos con los que se hacen bolas de billar -aunque los yanquis hayan inventado una pasta muy superior- y también exhiben un miembro que cuando se les para parece otra pata. Camilo volvió a sonreírse secretamente.

–¿De qué te reís vos?- lo apuntó el Goyo Larsen con un aire juguetón.

–De nada.

–De mí te reís ¿eh?

–No, Goyo; de ninguna manera.

El Goyo Larsen pareció conforme, volvió a encoger la espalda bajo la ducha haciendo varias veces jeje y Camilo pensó Paquidermo. Paquidermo era todo lo contrario a Castrense y hasta

se podía escribir una fábula con el cóndor y el elefante. Porque fíjense bien: todos los militares que yo conozco tienen aspecto de cóndores: Sabria que recién es cadete tiene un tajo en la mejilla que se hizo con un alambre de púa, el agujero le llegó hasta el hueso, pero él se aguantó la sangre con un chal de la novia y después le quedó un siete medio remendado pero viril. Y Sabria y cadete son palabras bien enérgicas. Lo mismo con Cartulo que es un apellido medio ridículo pero elástico y con el grado de teniente que se ganó como quien no quiere la cosa salta en un caballo que se llama Kaiser. Y díganme si Cartulo, teniente y Kaiser no parecen un juego de espadas, ¿Y capitán? A mí me gusta mucho más Comandante; Sobral es el que yo conozco y es un tipo lleno de aristas: cuando juguetea con la fusta marca una arista y otra al secarse el filo del bigote con el meñique. Escuadrón, lanza, regatón, clarín, esas también eran palabras insolentes. Como agraviar, espuela y pechazo. Y un orden. Claro, de ser posible: infantería callordas, caballerías tipos formidables pero medio antiguos y artillería que rescata los caballos sumándole máquinas. Y si algo falta, Napoleón. Qué me contás. Porque si el comandante Serús tenía un diente de oro que le asomaba a veces, cuando le quedaba apoyado sobre el labio se lo palpaba como para verificar la punta. Y un sable, hacer sable, a fondo, pedana y panoplia y Camilo se prometió practicar esgrima no bien lo aceptaran en el Club; después se jabonó suavemente el vientre, bajó un poco los dedos, apretó con fuerza y se quedó conforme.

—¿Estás de novio esta noche? -Casiaburu ya se frotaba con una toalla.

—No -dijo Camilo.

—¿Pero no es que te toca los viernes?

—No, vasco. Los viernes no.

A Camilo le irritaba que le hablaran de eso en las duchas: allí uno iba a mojarse un poco después de nadar, a ablandarse el pelo que quedaba duro con el cloro o qué sé yo qué le ponían a la pileta,

a reírse un poco del trasero de matrona del Goyo Larsen y, si mal no venía, pegarle unas palmaditas de pasada. Pero todo eso no se podía mezclar con la vida privada. En el pasillo de los baños Casiaburu le tiraba unas trompadas al Goyo Larsen que se las atajaba ágilmente sin dejar de hacer jeje, y Camilo se repitió Vida Privada mientras cerraba la ducha. Tengo Vida Privada se dijo y se sintió levemente enternecido: era como llevar algo entre las costillas sin que nadie lo advirtiera. Es sagrada. Un tabernáculo en medio del pecho y allí reposaba la imagen de Delfina. Era la parte de su vida que nadie podía tocarle, reflexionó Mi intimidad y se sintió ratificado con la aspereza de la toalla: un tipo con Vida Privada debe ostentar una piel viril y la suya no estaba cubierta con esas manchas descoloridas que tenía el Goyo Larsen. Él se frotaba con la toalla y la piel se enrojecía; volvía a frotar y todo quedaba blanco y elástico. Hundir el dedo y encontrar la carne firme era verificarse duro. De pronto, se descubrió frente al espejo, lo miró, tuvo que repararlo con la toalla y se apartó unos pasos torciendo apenas la cabeza. Bien. Se pellizcó las caderas: nada. Muy bien. Ni un gramo de grasa, las tetillas oscuras, las piernas elásticas y el pecho en forma. Realmente muy bien. Una Vida Privada como la gente en ese cuerpo viril.

—Camilo... Camilo -lo chistaban.

Camilo se volvió: en los bancos del fondo del vestuario el Goyo Larsen y Casiaburu se estaban vistiendo.

—¿Qué hay?- avanzó,

—Camilo- y Casiaburu lo codeaba al Goyo Larsen.

—Qué hay, dije -y Camilo siguió avanzando.

—Tené cuidado -señalaba Casiaburu-, que arrastrás la toalla, podés pisarla y...

—Ya lo sé -se acercó Camilo- Pero ¿qué ocurre?

El Goyo Larsen no contestó; sacudía apenas la cabeza y lo contemplaba bonachonamente:

—Cómo te gusta mirarte -murmuró por fin tendiendo una sonrisa- Cómo te gusta.

–Es que hoy está de novio -siseó Casiaburu.

Camilo murmuró apenas:

–Ya te dije que no, vasco -y empezó a vestirse con calma.

–Dice que no -cloqueó el Goyo Larsen.

–Camilo siempre dice que no a todo -Casiaburu le seguía el juego.

–Es un tipo controlado. Por eso.

–Muy controlado.

El Goyo Larsen soltó un jeje imperceptible y se echó talco en los pies:

–Es un hombre cabal -continuó.

–Todo un macho -aprobó reflexivamente Casiaburu.

–Así es.

–Un machazo.

–¡No, no! -el dedo del Goyo Larsen se sacudió con indignación- Un machazo, no. Es el rey de los machos porteños.

Por un momento, Camilo los miró: sentado ahí en ese banco y a medio vestir el Goyo Larsen parecía un dibujo que anunciaba ropa interior en “La ciudad de Londres”: podía pegarle un cachetazo y seguramente se agarraría la mejilla enrojecida mirándolo con un gesto perplejo; también podía darle un empujón y se caería para atrás exhibiendo su enorme trasero de elefante. Con Casiaburu la cosa no iba a ser tan fácil; lo más adecuado era darle unas palmaditas y murmurarle Vasco, mi vasco viejo, no, sigas cargando o Por qué no te vas un poco al carajo, sonriendo y sereno o, mejor, empezar a elogiarle la hermana de quien todo el mundo en Buenos Aires sabía que era una grandísima yegua a la que el buenazo del viejo Casiaburu había tenido que mandar a un colegio privado en Londres o en algún lugar de por ahí. Pero le dijo Basta, vasco, por hoy es suficiente, y se trepó a uno de los bancos para ponerse el pantalón y para que no se le ensuciara con el talco que emblanquecía el piso. Pero el Goyo Larsen insistía:

-Hoy está hecho una tumba este Camilo. Es una pena -y desplegaba una voz dulcemente quejumbrosa; se detuvo, se puso de pie y se fue ordenando los pelos de los hombros con un gesto de simio- ¡Camilo no quiere decirnos dónde va esta noche! -gritó de pronto.

Al final de la hilera de armarios aparecieron varios hombres desnudos:

-¿Qué pasa? -se adelantó un calvo fingiendo asombro- ¿Eh? ¿Qué pasa?

El dedo del Goyo Larsen volvió a agitarse en el aire:

-Este Camilo -acusaba- Este Camilo que se niega a decirnos dónde va a ir esta noche.

-A verlo a Casaux -propuso el calvo.

-Nein, nein -intervino Casiaburu parsimoniosamente -A Camilo el teatro no le da frío ni calor. Nein, nein...

-¡Pero bien que pateó en el estreno del Maravillas! -gritó uno de los del fondo del vestuario.

El Goyo Larsen se dejó caer en un banco:

-No era para menos -dijo, se echó el toallón sobre los hombros como si fuese una capa y por un momento se zangoloteó con su risita.

-¡Que diga de una vez, entonces! -exigió el del fondo.

-Sí, sí -aprobó Casiaburu- ¡Que diga!

Y el Goyo Larsen golpeando los pies contra el suelo y Casiaburu a puñetazos contra los armarios y los otros marcando un compás con las manos que crecía al atraer a los que querían enterarse y algunos solamente por hacer ruido o chotear a cualquiera si resulta fácil y los demás empiezan la cosa y el peón de limpieza mientras calculaba si los espejos y el botiquín o de pura curiosidad porque uno también tiene derecho fueron formando un círculo alrededor de Camilo que seguía trepado en el banco pero con los pantalones ya puestos.

-¡Que diga! -el calvo imponía su voz.

Camilo lo observó en silencio: ese pelado, quién era ese pelado, no podía acordarse si de la Facultad o de dónde, pero nadaba muy bien y había sido de los primeros en utilizar el trampolín de la pileta Balcarce.

-¡Decí de una vez! -lo apuró Casiaburu alzando la cara.

-Sí, vasco -lo palmeó suavemente Camilo- Quédense tranquilo -y le sonrió- Esta noche, señores -anunció con pausa-, vaya darle el gusto a ésta.

-¿A cuál? - tembloteó el Goyo Larsen.

-A ésta - repitió Camilo- A ésta -y se agarraba la bragueta.

## VERANO

Buenos Aires, enero de 1919: al mediodía del viernes tres un camión de la Sociedad Hierros y Aceros Limitada de Vasena e hijos es atacado por un grupo de obreros en la esquina de Zavaleta y Aconquija; el conductor, herido, huye, y con el material que era transportado desde los depósitos sobre el Riachuelo en dirección a la fábrica de Montegudo y Cochabamba se levantan las primeras barricadas y empiezan a bloquearse las calles de Nueva Pompeya y Boedo. Son barrios polvorientos y chatos ennegrecidos por los galpones que se extienden al sur de la ciudad impregnados con el olor del Riachuelo; una niebla flota mezclada con el humo de las fundiciones y el calor de comienzos del verano. La violencia inicial ha sido brusca. Durante las primeras horas de la tarde se abre una expectativa: los obreros rondan por las calles desiertas, algunos piquetes se organizan frente a lo de Vasena para impedir la entrada de los crumiros mientras una delegación intenta conectarse con los dirigentes obreros. Después de una acción esporádica la policía del barrio se limita a observar mezclándose con los vecinos que reparten agua, se sientan en los zaguanes o contemplan a los chicos que patean una pelota de trapo. Calor es lo que más se siente. Y una inquietud que sube desde el río hacia el centro de la ciudad. La

primera edición de los diarios de la tarde se reparte entre los huelguistas que se han sentado sobre el camión de Vasena: *Resultados previsibles de una industria sin bases sólidas*, mister Wilson visita a Benedicto XV, agitadores bolcheviques en Varsovia, supuestos triunfos del general Semenov sobre los maximalistas, se proyecta un servicio postal aéreo argentino, Ricardo Rojas es presentado por Joaquín de Vedia en el acto organizado por la Alianza de la Nueva Generación en el teatro San Martín a la vez que Gerchunoff, Leumann y Alfonso de Laferrère renuncian por la orientación que se le va imprimiendo, Racing y Peñarol juegan por el campeonato del Río de la Plata, la doctora Elvira Rawson de Dellepiane defiende los derechos de la mujer y en el cine Paramount Constance Talmadge exhibe su silenciosa inocencia. Pero el calor aprieta y la situación de espera no puede prolongarse. Por fin, un delegado sindical -Senra Pacheco- llega frente a la fábrica, los huelguistas lo rodean y se proclama la solidaridad de la FORA. Y a las cinco de la tarde en la avenida Alcorta y Santo Domingo son detenidas siete chatas que avanzan con material para la fábrica: ahora son los caballos que se sueltan, permanecen amontonados, arremolinados hasta que alguien hace un disparo y se largan a correr como enloquecidos atropellando a un grupo de vecinos y a una patrulla policial que avanzan por el centro de la avenida San Juan. Una descarga cerrada es la respuesta. *Una industria favorecida por la guerra no puede durar después de Versalles*. Los huelguistas se protegen detrás de los carros volcados y gritan sus consignas y sus exigencias: ocho horas de trabajo, aumento de un peso sobre un salario de cinco. Del otro lado contestan con nuevos disparos de máuser.

## QUÉ YUNTA

Ya me empiezan a hartar con este asunto del Club: cinco meses que presenté la solicitud como ellos quieren y con todos los padriños que parecen necesarios: el viejo Larsen y el padre de Casiaburu.

Qué más quieren. Cinco leguas de campo en Llavallol, como quien dice nada, y un antiguo embajador en San Petersburgo. Qué falta. Que uno ponga un frasco con sangre azul como si fuese orina. O que lo traiga a don Benito Villanueva agarrado de la mano. Si se lo pido a mamá, sería posible, aunque ella diga Desde que me he quedado sola prefiero no salir. Camilo Pizarro, sí, señor, por qué, no, él no lo escribía con zeta sino con ese, es un error que cometieron al anotarme en el consulado de Montevideo como estaban de vacaciones y el empleado mamado. Sí, en Carnaval, que no tiene ni punto de comparación con el de Río que le da vuelta y media al de nosotros. Como todos los empleados, porque ya me han hecho volver por lo menos cuatro veces: la primera, que faltaba el segundo nombre del viejo Larsen. Bueno, de acuerdo. Lo averiguamos aunque el señor se resistía a que figurara lo de Sagrado Corazón de Jesús. Es cierto. Tremendo tipo con semejante nombre aunque le haya dado por volver los domingos a misa, al principio a la de siete de la mañana solo y de vez en cuando y finalmente a la de once todos los días acompañando a su mujer y saludando a media humanidad con ese bastón que parece una lanza paraguaya. Pero después resultó que se había perdido no sé qué en la solicitud y de nuevo se demoró la cosa y tuve que seguir bañándome en la pileta Balcarce que estará bien para mientras tanto y menos mal que el Goyo y Casiaburu me acompañan, pero no puedo decirle a nadie Soy socio de la pileta Balcarce que es lo mismo que contar Voy a las tertulias de María la Vasca como si fuera al salón de Mariquita Sánchez de Thompson. No, hermano, no. Uno hace esas cosas sin que nadie se entere, o que se sepa pero entre hombres y después nos saludamos en otro lado como si tal cosa. Encamarse con un yiro está bien y a quién no le gusta, pero no es cosa de poner un aviso en La Nación. A uno le gusta figurar y a casi todos, pero no es lo mismo que hacer la primera comunión, recibirse, casarse en el Carmelo o morir en la propia cama y entre los deudos de uno. Porque hay que ser muy

imbécil para ponerse a comentar en la Bolsa, en un comité o donde sea que uno frecuenta con el Goyo Larsen tal o cual quilombo.

Allí, uno se encuentra siempre por casualidad, como en la calle o en cualquier hall: neutral, salud Goyo, no demasiado Larsen o Pizarro, un cigarrito, no gracias fumo Siglo XX. Pero que la tercera demora en la solicitud de ingreso haya sido porque se murió el empleado de la secretaría ya no se aguanta. Si desde, a ver, octubre, noviembre y diciembre que mi nombre figuraba en el listín del ascensor: Camilo Pizarro. Y cualquiera que subía podía verlo y si alguna objeción que la hiciera. Camilo Pizarro entre un sobrino de Pellegrini que se le parece tanto, el pobre, como a mi abuela, y el doctor Podestá ese que se le daba por hacer novelas. Finado, le agregaron y una crucecita, pero con lápiz. Y ahora me vienen con el cuento del verano. La canícula, así dijo, y no sé qué líos que se pueden producir. Se asoma como un muñeco, de pronto y muy blanco, sin pestañas y con una sonrisa de albino hijo de primos como todos esos: Líos, sheñor Pizarro. Líos y usted perdone que sea alarmista. Pero si siempre se producen líos con este gobierno y todo es lento en el verano. Perdone, sheñor Pizarro, pensando en caballos, hablando de los caballos, porque es un Club que tiene hipódromo y un empleado con cara de tortuga. Tortuga, elefante y todos son ceremoniosos en el verano. Ellos, los otros. Y lo que más se les ocurre es irse a París cuando se reciben de abogados o antes. O a hablar en la Sorbona fingiendo que lo aplaudieron los franceses cuando apenas van los amigos, algún pobre tipo de allá que se hace pagar los almuerzos o un café y un pinche de la embajada acompañado de su mujer si es casado y no tiene vicios. Por lo demás, aquí no hacen nada y van allá y aprenden a atorrantear en gran estilo, Por eso el viejo Pellegrini que sabía de estas cosas, que se conocía el país como la palma de la mano y que cuando hablaba en el Congreso la apoyaba sobre el pupitre sosteniendo todo el cuerpo sobre esos dedos y ese pupitre había empezado con los Estados Unidos que son groseros, que son todo lo que vos quieras

con el cigarro en la boca y sin quitarse el sombrero, para saludar a las señoras. Todo lo que vos quieras, te lo admito. Pero cuando se trata de mandar soldados a Europa o meterte tres mil tipos en unos carros y largarlos al campo para que funden una ciudad o se pongan a carpir la tierra, viven en cabalgata. Que se tragaron a los gallegos de La Habana. Y bueno. Qué hacían los gallegos en La Habana: fumar puros que están muy buenos sobre todo los María Cristina y estarse todo el día tirados en una hamaca. Que en las Filipinas no se va a hablar más español. Y a quién corno le interesa el español en medio del Pacífico. Que son gringos: cuando estuvo Roosevelt aquí yo lo vi montar a caballo, nada menos que el alazán de la madre de Delfina que vos sabés muy bien que no es precisamente una señora mansa y que sin embargo nunca se le había animado. Qué gringos ni qué niño muerto. Se le acercó, lo manoseó un poco, se le puso arriba de un salto y a pura espuela y sin fusta lo dejó lisito. Gringos. Dicen que van a hacer y hacen y no se pasan los meses teniéndote colgado para darte una respuesta en el ingreso a un club. Quiere entrar. Quién es usted. Para qué quiere ingresar. Quiénes son sus garantías. Tales y Cuales y usted es un hombre joven que se recibe de ingeniero y no de abogado que lo único que hacen es hablar, entre señor y aquí adentro nos vamos a poner de acuerdo. Por eso nos entendíamos con Newbery: era un nuevo tipo de argentino: treinta centímetros igual a treinta centímetros y no a dos metros y medio. Un clavo igual a un clavo, y un Blériot es un aeroplano y no un regimiento de coraceros. Y él también daba piñas o qué se creen. Pero también estaba en otra cosa. Eso había que ser: compadre y cabal al mismo tiempo. Compadre y más que ninguno cuando alguien jode y no sabe cuál es su lugar. Y cabal con la carrera, las máquinas, la novia y alguna otra cosa más si es posible y vale la pena.

## VERANO

La tarde del viernes va cayendo, el viento sopla más agrio desde el Riachuelo y los grupos de vecinos y de chicos jugadores de fútbol se han metido en sus casas. Por cierto, desde allí gritan a los policías: ellos son de Boedo, de San Cristóbal, de Nueva Pompeya y su gente es la que está atrincherada detrás de las chatas de Vasena. Una ambulancia de la Asistencia Pública avanza por Deán Funes y es detenida violentamente por los huelguistas: los únicos heridos que trasporta son de la policía. Los obreros cargan a los suyos y ordenan llevarlos al hospital Rawson: son parroquianos de una cancha de bochas de la calle Oruro que contemplaban el tiroteo asomados a un paredón. Hay siete, once heridos y se anuncia la muerte de un cabo de policía. *En la masa trabajadora se advierte el propósito de no ceder hasta la obtención de las mejoras solicitadas* comenta “La Razón” de la noche del viernes.

## QUÉ YUNTA

Al quilombo solo y a lo largo de ciertas calles, por el medio de la vereda pero sin silbar y preferentemente por la parte de atrás del palacio de Obras Sanitarias que admiraba en secreto: la escalera de lo de Laura, el salón Imperio de la Mamita y, por fin, las glicinas donde lo esperaba Cleo. Ese era su itinerario. Solo y sin silbar. Pero con revólver. Decían que caminaba escorado a la izquierda como si se fuera a hundir. Son los que me tienen envidia, explicaba Camilo. ¿Y los amigos? Ah, éstos siempre aseguraron que cargaba un Smith-Wesson como un cañón. Por el zaguán en penumbra de lo de Laura y se asomó al patio: unas parejas bailando alrededor de un barril con hielo, donde habían metido unas botellas de cerveza, y de un negro que se arqueaba sobre el bandoneón. Se nota que es viernes, pensó. Y como allí trabajaba Sonia, y si se le fruncía, podía quedarse unas horas hasta que sonara el reloj del Salvador.

Pero los viernes Sonia recibía al juez Casaborda y tenía para rato. Es un viejo con caprichos, explicaba Sonia, y una noche, el verano del final de la guerra -sí debe de haber sido en diciembre- con el Goyo Larsen y otros dos, de los nuevos que habían ingresado a Ingeniería, se quedaron a espiarlo. Fue de lo más divertido: el juez desnudo pero con las medias puestas echado sobre esa cama de fierro y abanicándose con una revista. Por lo menos podrías haberle dado una de palma, la chichoneó a Sonia. Ella dijo Las quiebra todas; si ese viejo se abanica como si fuera una brasa. Cosas de muchachos: el juez en la cama, Deje una sola luz, hija, y ellos espiando por una puerta entornada. Primero lo chistaron. ¿Hay corrientes de aire, hijita? y Sonia negaba. Después le tiraron papeles. ¿Se cae el reboque del cielorraso, hijita? y Sonia decía que no. Este viejo viene a dormir cuando la señora lo deja solo; entonces me pide que le cante. ¿Eso nada más, Sonia? Algunas veces me pide que le cebe unos mates. ¿Y ahí se acaba la cosa? Casi siempre sí, salvo cuando viene y se me sienta en las rodillas. El juez Casaborda. Finalmente le tiraron pedos con la boca y el juez se enojó incorporándose en la cama mientras Sonia insistía en que no era nada. Nada, doctor, se lo juro. Pero el juez se puso de pie, debe de haberse golpeado con la pata de un mueble porque dijo Carajo y se acarició un tobillo hasta que enderezó para la puerta, y descubrió la rendija y al Goyo Larsen que estaba agachado y ahí nomás lo tomó de las solapas y lo tironeó diciéndole que él conocía a su padre, todo un caballero, y que esa era una vergüenza y mucho más tratándose de estudiantes de la Universidad y hasta le dio unos empujones porque un juez es magistrado en cualquier parte que esté y exigiéndole respeto a la investidura y a sus canas.

-¡Camilo! -Laura lo había descubierto y avanzaba con un vaso de cerveza en la mano- ¿No pasás?

-Gracias, Laura -reculó Camilo.

-Mirá que hay música.

-Sí. Gracias. Pero me asomé apenas para ver si estaba el Goyo.

-No, che -Laura sin volverse le dio un chirlo a un bailarín que insistía en tomarla de la cintura- El Goyito hace días que no se hace ver.

-¿Y el Vasco?

-Tampoco.

-Entonces... -Camilo inició un saludo con la mano y siguió reculando.

-¿Ni un poco, ingrato? -insistía Laura tendiéndole su copa.

Camilo se señaló el cuello:

-Tengo que cuidarme: estoy medio afónico.

Laura lo amenazó blandamente:

-De decir mentiras, será.

Pero Camilo ya se iba; murmuró Adiosito y Laura contestó Adiós, mi amor, no te pierdas, dejando que ese fastidioso por fin la tomara de la cintura. Te diste el gusto, cargoso ¿eh? Nada más que para bailar, Laurita. El hombre y la mujer se encararon: ¿Qué toca el moreno: Mi noche triste? No, Laurita: Dame la lata toca.

En la calle oscura, Tucumán al fondo, y solo; pasó un mateo, desde la otra esquina le gritaron Hace tiempo que no te veo y por una ventana entreabierta oyó que decían Esos que andan en lo de Vasena son los rusos. Los rusos son. No importaba; ya se sabía que los viernes a Sonia no le quedaba tiempo, y para los regalitos no había como el juez Casaborda. Quién se la iba a empardar: un relojito para el cumpleaños de Sonia, un corte de muselina y un camafeo el día de la toma de la Bastilla. Yo se la podría empardar si se me frunciera. Pero eso de hacerles regalos a las chicas para que te atiendan. Mishetón, viejito. Las otras de lo de Laura: Celia siempre andaba de apuro, Noemí le resultaba demasiado melancólica y ya aburría con eso de pedirle que recitara (Belisario Roldán vaya y pase; pero de Nervo, si lo sabían los amigos, lo iban a titear); en cuanto a Lucy puro hacerle ascos a todo y daban ganas de romperle la cara a puñetazos, Silvia hartaba con su grafófono y Elba era tierna pero uruguaya y él con los orientales no la iba.

—¡Adiós, Camilo!

Se volvió, pestañeó en la penumbra y, por fin, lo fue reconociendo:

—¡Qué tal, Juan de Dios!

—Se vive. Y vos ¿vas solo?

Camilo se ajustó el saco:

—A esta hora, lo prefiero -tosió acercándose un poco- Pero vos ¿no trabajás?

—Ando mal -Juan de Dios agitaba los dedos sobre un teclado invisible- Me duelen los nudillos. Mucho me duelen.

—Debe ser la humedad -propuso Camilo.

—Seguro: la humidá -aceptó el otro.

—No se aguanta.

—Qué se va a aguantar, Camilito.

Por un momento, Camilo le miró esa nariz de pájaro, le sonrió apenas, con una cautelosa solidaridad, después alzó la cara hacia el cielo y suspiró:

—Una mierda el calor.

—Sí.

Y se despidieron.

Solo y de noche. La patota estaba bien para ir al Onrubia y patearle la obra al petizo García Velloso: que se la aguantara, para qué se ponía a escribir pavadas. En lo de Hansen, vaya y pase, porque siempre aparecían compadritos y no era cosa de dejarse llevar por delante. Pero, para encarnarse, solo, como un señor. De nuevo le estorbó ese recuerdo como los cuellos Mey cuando se le sudaban. La quinta vez: pasar por el Club apersonándose en la administración. Perdone, sheñor Pizarro; la demora es por la canícula. El verano, la burocracia. Y aguantarse. Repasado lo de Laura, entonces, quedaba echar un vistazo en lo de Mamita o ver qué novedades había en lo de la Vasca. No gran cosa, pero uno nunca sabe. Solo y sin hacer aspavientos: Tucumán derecho, vuelta por detrás del Clínicas, palmearse muy de paso con Alberto Viñas que era un loco

suelto capaz de aparecerse en cueros en el baile de los estudiantes o de emparedar en su pieza al capellán del asilo. Alberto estaba loco como una cabra pero bailaba tango mejor que el Cachafaz, se parecía a Jorge Newbery y ostentaba un miembro memorable. Qué lo tiró. Seguir derecho hasta Centro América, solo, solito, alejado del paredón y sin apuro, no fueran a creer que tenía urgencia por estar con Cleo. En este asunto –explicaba Camilo con ademanes de prestidigitador- no hay misterio: yo no pago y ella tampoco. Somos dos amateurs ¿se dan cuenta? Y le damos gusto al cuerpo. Con Cleo, sí, pero de a tragos: un tipo corno él iba al firme y sin alardes, una vez por semana, los viernes, cuando ella quedaba totalmente desocupada. Sos mi rey, le había dicho una vez; y era cierto o casi, porque ella se había arrodillado. Después le aseguró que hacía tiempo quería tener uno como él, y si se llamaba Camilo, mejor: tenía un tío, o, quizás el padrino con ese nombre y hasta una vez, en la pieza, había descubierto debajo de un rasgón del empapelado *Camilo* escrito con letras góticas.

Cleo ya lo esperaba sentada en una silla de mimbre: le sonrió fatigadamente, como con pesadumbre e insistió en explicarle cómo el hipo -Un aire, decía ella- no la dejaba respirar en paz.

–Y la calor -concluyó, echándose aire con la mano.

Camilo le acarició las mejillas murmurando No se preocupe, ya se le va a pasar; le acercó un vaso de agua y después se demoró un rato apretándole suavemente el lóbulo de la oreja que, sin el aro, mostraba una diminuta herida entreabierta.

–¿Te gusta acariciarme ahí?

–Mucho -los dedos de Camilo presionaron más -Es como si llevaras una pancita colgada.

–Vos de mimoso me decís eso - Cleo giraba la cabeza como si se desconyuntara.

–Gata.

–¿Porque ronroneo?

–Sí -dijo Camilo- Gata.

-Una gata puta -los labios de Cleo se entreabrieron; tenía algo fatuo en la boca y era lo que le atraía a Camilo y lo inquietaba- Vasena -murmuró de pronto.

-¿Quién?

-Vasena -suspiró Cleo- ¿No sabés quién es?

-Sí. ¿Por?

Cleo alzó los hombros:

-Por nada. Alguien me estuvo hablando de eso.

Camilo le miró el cuello: era de Cleo, era de él y se lo acarició: Cleo, cuello, carne, un barro muy blanco, arena no, amasarla, deshacerla y fugazmente recordó la estancia de Llavallol, glicinas, el porche, una luz violeta y la madre de Federico y Delfina sentada en otro sillón de mimbre con una colección de PBT a un costado y Delfina que le recortaba la página de los versos y los iba pegando en un álbum. Ahí, Delfina -le señalaba- No; ahí te digo- y después esa mujer repetía Entre los jóvenes, Capdevila me apasiona, pero no con un suspiro, sino como si fuera otra orden. Capdevila y el lóbulo de la oreja de Cleo.

-¿Y las otras? -cabeceó Camilo.

-¿Las muchachas?

-Sí. Claro.

Cleo bostezó:

-Hace rato que están durmiendo.

Entonces Camilo la tomó del brazo y la ayudó a levantarse. Venga, mi gata, le fue diciendo, y mientras avanzaban hacia el cuarto siguió apretando el lóbulo de la oreja y se lo mordisqueó hasta que Cleo se quejó un poco y le dijo Me hacés daño. La puerta era ruidosa pero se abría en seguida. Cleo, gata, y le fue metiendo la mano por debajo de ese batón floreado para buscarle el pecho y oprimirle esos diminutos cilindros de carne cuando con energía se dejó caer al lado de ella, aunque molesto porque en medio de la oscuridad se acordó del Padre Lostalé, de sus uñas amarillentas

por los ácidos del laboratorio de fotografía, su breviario, San Luis Gonzaga y Bayona.

-¿Hacemos conejito? -Cleo se arrinconaba contra la pared.

-¿Vos tenés ganas?

-Sí.

-Bueno -dijo Camilo- ¿Pero no te va a molestar el?.. -y fue ella la que se ocupó de todo mientras Camilo sólo le preguntaba Sos mi hembrita, sos mi putita, decí qué sos, qué soy yo para vos, y ella se limitaba a decirle que sí, todo lo que vos quieras, no Llavallol ni Bayona cerca de los Pirineos ni ese San Luis Gonzaga al fondo de la capilla con roquete y sotana y Perdone sheñor Pizarro, sino tu puta, tu putita, lo que vos digás, y se daba vuelta Aunque te duela, me gusta que te duela, ahí a vos solo te dejo, aguantate puta, abrite te digo, así, abrite, abrite. Abierta.

## VERANO

El sábado cuatro los dueños de la fábrica Vasena solicitan protección al ministro del Interior de Yrigoyen, doctor Ramón Gómez; en el pedido se describe la actitud de los huelguistas como de “verdadero sitio a las instalaciones de la firma” y se alude a las medidas preventivas que hubieran debido tomarse a partir de los primeros rozamientos producidos a fines de 1918. *Nuestra norma es la equidistancia*, declara el diario oficial. Pero a partir de ese momento ya no es la policía de barrio la que actúa sino el Escuadrón de Seguridad. Las primeras patrullas recorren la calle Rioja, a lo largo de los baldíos de Urquiza y Cochabamba, destacan un piquete en el café Chiclana y otro, mucho más numeroso, frente al local de la FORA, en México 2070. Pero si la policía ha aumentado sus efectivos, los huelguistas empiezan a recibir el apoyo de otros gremios: los marítimos son los primeros y paralizan el puerto. Viejos grupos de tradición anarquista hacen su aparición en las calles de

Nueva Pompeya, San Cristóbal y Boedo. En el cruce de Oruro y Rioja se canta La Internacional. *Saúl*.

## QUÉ YUNTA

-No me interrumpen, muchachos -pidió el general.

Porque al general Garmendia le enternecía que lo escuchasen: en primer lugar el Goyo Larsen, que le festejaba los recuerdos con tanto entusiasmo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Qué general éste, las cosas que cuenta, y sacudía el cuerpo con sus jeje, aunque a veces se sospechaba que demasiado, porque al fin de cuentas no era para tanto que el sargento Plaza hubiese llegado a la trinchera y estirase las manos para anunciarle que había conseguido Diez atados de cigarrillos, mi comandante, y le faltasen tres dedos: el meñique y dos más. Qué general éste, y el Goyo giraba en redondo haciendo un gesto a los demás que nunca había llegado a vérselo del todo. Y después el Piquiyín Casiaburu, que lo aprobaba sacudiendo muchas veces y pesadamente la mandíbula, y el Tono Villegas, con el que a veces pulseaba pero poniendo una felpa encima de la mesa para que la madre de Delfinita no los retase desde la puerta del comedor sacudiendo el índice como si fuese una vara. Qué general éste, y él se especializaba con lo de Tuyutí, aunque a veces vacilaba en la cantidad de muertos y advertía que el labio superior de Goyo empezaba a temblar y prefería reconocer que habían sido Mil quinientos y no dos mil, porque nunca se pudo pasar una revista a fondo Atribuible, sin duda, a que el general en jefe no conocía los partes y sobre todo soñaba como buen poeta y a la fiebre amarilla. Y también con lo de la estación Pirovano en el novecientos cinco. Cómo fue lo de Pirovano, mi general, abría la cosa el Piquiyín Casiaburu o el Tono cuando no figuraba en la rueda el Talero ni el Chango Palacios Cuesta, porque todos esos muchachos eran hijos de sus viejos amigos ya muertos o senadores en actividad, aunque en los últimos años de sus períodos respectivos. Bueno, lo

de la estación Pirovano, como ustedes saben, fue en la presidencia de Quintana, que era un gran señor, una dama como se dice; pero ya estaba enfermo de muerte y sin carácter, en el preciso momento en que el Goyo Larsen empezaba a bostezar, seguro, pese a que se acariciara el lugar del bigote aunque no usaba. En realidad, la parte más conmovedora de la estación Pirovano era al llegar a la madrugada del acontecimiento y el general medio se alejaba del corrillo y otro poco los repasaba a todos como si fueran una fila de soldados alzando el brazo y murmurando Amanecía y los rieles del ferrocarril brillaban hasta el fondo del campo como dos alambres bruñidos mientras el pollo Pizarro Con ese, no me jorobe, de brutos que son los del Registro Civil porque yo lo conocía muy bien a su padre, advertía el bostezo del Goyo Larsen y al Tono codeándolo a Casiaburu y cuchicheando Abrí mucho los ojos que ahora viene lo más divertido.

—Camilo...

Camilo sentía que el general Garmendia buscaba los ojos de ese corrillo para apoyarse y seguir con la aparición de la locomotora cargada de soldados por el fondo del campo.

—Camilo...

Y como el general vacilaba y solo, No le pongan la cara, pobre viejo, porque era un tipo que había hecho lo suyo, él marcaba en el piso de la sala una serie de incómodos círculos con la punta del botín para que ese viejo siguiera y la locomotora de soldados llegara a la estación Pirovano y el general se diera el gusto de ir nombrando a cada antiguo soldado o sargento por su apellido Vos sos de Ranchos, no es cierto y Vos estuviste conmigo en La Verde, y alguna sonrisa gastada o, más seguro, una palmada en la mejilla como una madre pero de macho a hombre que es parecido pero otra cosa, porque Uno puede estar medio bichoco, pero ésta -y el general siempre se señalaba la cabeza- jamás me falla.

—Camilo -alzó la voz el Goyo. Camilo se volvió.

—Te llaman.

-¿Quién? -cabeceó- ¿Delfina?

-No; Federico -y el Goyo Larsen señalaba hacia la puerta de la sala.

Camilo lo miró al general Garmendia que había llegado al momento en que debía separarse unos pasos de su auditorio, ya hacía una pausa Y con el brazo en alto murmuraba Amanecía mientras allá a lo lejos la locomotora del Ferrocarril del Sur avanzaba sobre la estación Pirovano en febrero de 1905, cargada de soldados y sargentos y algunos más que nunca se supo si eran cuatreros que aprovechaban como siempre el río revuelto o bolicheros turcos quizás o genoveses que andaban tratando de colocar alguna mercadería. O bien, radicales de éstos de Yrigoyen.

## VERANO

El choque de la noche del sábado es frontal: los huelguistas hacen fuego desde las barricadas que han organizado y el Escuadrón ataca con cargas de caballería. Cuando advierte sus bajas y la decisión de los obreros, hacia pie a tierra, se abre en abanico y trata de rodear las barricadas. La zona donde el combate resulta más duro es la esquina de Pepirí y avenida Alcorta. Las salas del hospital Rawson empiezan a llenarse de heridos. *Esto ya es la guerra civil, no huelga*, se alarman los diarios. El informe oficial es más preciso: heridos once; muertos dos.

## QUÉ YUNTA

San Luis Gonzaga, pensó Camilo. Con algo del Padre Lostalé pero con las manos muy blancas, casi transparentes y unos ojos anchos. No que uno le notara una cosa extraña -más bien tenía un tono de tipo acostumbrado a mandar-, ni en los ademanes. No. Entiéndaseme bien. Y no es que yo tenga nada contra él. Pero este Federico tiene algo, cómo les diría, algo que se escapa de los dedos,

pero que está ahí. Los lacrimales tan carnosos, como de pulpa, debe ser. Es como cuando uno está en una reunión entre diez personas y alguno se ha hecho encima; el olor se siente aunque no se sepa de quién es. Pero está la cara, algún gesto, un párpado que tiembla y uno puede decir quien es el damnificado: ése o aquél que se hace el que contempla un bibeló o el que se sienta al piano y hace como si supiera mucho de Chopin. Así está claro: entre diez machos, entre diez machos reunidos de noche y sin mujeres ni hermanas, si al Goyo Larsen -pongamos por ejemplo- o al sobrino de los Newbery se le ocurre proponer Por qué no vamos a oler globos, a ninguno, a ninguno de los machos quiero decir, se le va a pasar por la cabeza preguntar Desde cuándo se besan los globos, porque se sobrentiende. Y eso es ser macho, para decirlo de una vez: sobrentendidos. Culos, culos de mujeres. Leña, dar palos y no ir a un remate a lo de Naón. Tirarse alguien significa encamarse, señores, no hacer cuerpo a tierra. Y un guiño a tiempo ¿Salimos? Y rascarse la nuca: a éste se la damos con todo. Y no nos engañemos: eso en lo de Hansen, en la Facultad de la calle Perú y en la estancia de Llavallol. Hablar poco: eso es ser macho, y Camilo se dejaba arrastrar por la complicidad áspera y formidable de los que se presienten iguales entre sí. En cuanto a Federico, era distinto. Y daba demasiadas explicaciones, que está bien para los gringos que tienen que ir al mercado del Plata con el diccionario. Por eso uno es callado y, si no lo es, se aguanta. ¿Está claro? Ser macho es ser callado; hablan mucho los que se les caen las palabras, porque no están en la cosa. Como entre lunfas: pocas palabras, esta boca es mía, alzás la ceja y a ley de juego todo está dicho. Y el que no entiende no es que no sea chorro, sino que si está allí metido y se queda pagando es porque resulta de la cana. Y ser de la cana entre lunfas en serio viene a ser lo mismo que resultar distinto entre machos cabales.

Por eso cuando Federico siguió hablando de lo que pasaba allá, por Nueva Pompeya, lo tomó con cautela:

—Pero, ¿en serio que es para tanto?

Federico parpadeó como si lo hubieran agraviado:

-¡No irás a pensar que te estoy mintiendo!

-Mentir, no, Federico...

-Entonces ¿qué?

-Cualquier cosa -Camilo se pasó el vaso helado por la frente- Menos mentir. Yo no puedo pensar eso de vos -concedió-, pero que a lo mejor exagerás...

-Las viejas exageran -Federico usaba un tono cortante: se había sentado en el otro extremo de la biblioteca, cruzó las piernas sacudiendo mucho el pie; después miró al costado, hacia las estanterías, pareció elegir uno de los libros; pero no, se limitó a acariciarle el lomo- ¿Vos leíste los diarios? -dijo como si retornara su agresividad.

-Sí -admitió Camilo.

-¿O estuviste muy ocupado yendo por ahí?

-A mí me lleva poco tiempo ir por ahí -subrayó Camilo con una sonrisa.

-¿Y qué pensás?

-¿Qué pienso de qué?

-De lo que está pasando, mi querido. ¿O te parece poco lo que ocurre?

-No, no -era el calor y Camilo no lograba salir de esa nube de pesadez: el calor y la comida, el general Garmendia (*latero* que es todo lo contrario de un *causer*) y los tres dedos que le faltaban al sargento Plaza. Sábado y verano; no era como para ponerse a discutir. Se discute en abril o en junio, como se da exámenes en marzo si se ha estudiado o uno se resuelve a atropellar. Pero el verano está para piletar en la Balcarce, irse a Llavallol o a Mar del Plata si te invitan los Casiaburu. Pero no para discutir. Volvió a pasarse el vaso helado por la frente, hizo un esfuerzo y se incorporó en el sillón- No me parece poco, Federico. Pero me parece inflado. Con que la policía...

-Qué policía ni policía -estalló la voz de Federico como un chirrido- La policía responde a ese... a ese señor que nos gobierna.

Y si no le responde a él, va a hacer lo que el imbécil de Elpidio González esté dispuesto a ordenar. Pero nada más, Camilo. Nada. Ni esto de más -y Federico se señalaba la punta de la uña- Ni esto. Date cuenta.

-¿Y qué es lo más grave que puede pasar? Federico lo miró entornando los ojos como si lo contemplara en la lejanía:

-¿Vos te acordás de lo que pasó el Centenario?

-¿En el diez?

-Sí. Exactamente.

-Bueno... -Camilo hundió el dedo en su vaso y jugueteó con el hielo- Hubo huelgas, más que las de costumbre. Pero venían de siempre las huelgas, por lo menos desde que yo tengo uso de razón.

-¿Nada más que huelgas, Camilo? -Federico se había puesto de pie y se paseaba de un extremo al otro de la biblioteca- ¿Cómo es posible que hables así? ¿O no tenés memoria?

-Sí que tengo: nunca me olvido que el Goyo Larsen, por ejemplo, me debe cincuenta pesos desde...

-¡No juegues, Camilo!

-Y vos no me levantes la voz -cabeceó Camilo asombrado de que Federico se irritara sin traspasar.

-Es que yo te estoy hablando en serio y vos me salís con tonteras.

-Bueno -Camilo se dispuso a mostrarse ecuánime- Metieron bombas Pero a los que se hicieron los locos, les dieron palos... Y a ése, cómo se llamaba, el de la bomba de Falcón. Ese de apellido ruso.

-Radowitsky -dijo Federico con una neutra voz de apuntador.

-Sí: ése. Bueno, a ése, lo mandaron al Sur. Y supongo que tendrá para rato.

Federico se había detenido en sus paseos:

-Decíme -se volvió pausadamente- ¿Vos crees que con mandar a un tipo a Ushuaia se acaba todo?

-¿Y te parece poco?

—Es que la cosa sigue, Camilo. Empieza con las huelgas, se castiga a uno, pero el mal sigue y sigue, y si no lo paramos nosotros...

—¿Nosotros?

—Sí, Camilito: nosotros. Nosotros -Federico se señalaba el pecho con el pulgar- O no se te ocurre pensar que después de las huelgas y de meterse en las fábricas van a venir sobre nuestro barrio. Esa gente no se queda de brazos cruzados; siempre quiere más y más. ¿O no te acordás de lo que pasó el año diez?

—Sí -resopló Camilo- Ya te dije que sí.

Desde el otro lado de esa puerta que daba sobre el jardín, alguien llamó.

—Sí, Delfina, sí -Federico se apresuró a asomarse- Ya vamos. Enseguidita -después se volvió hacia Camilo lentamente, tenía un aire sombrío, como si hubiera envejecido- Decíme -se paró con las piernas muy abiertas- ¿qué te crees que es nuestro barrio?

—Nuestro barrio -vaciló Camilo-, son nuestras casas.

—Sí, sí: mucho nuestras casas -los labios de Federico tenían un pliegue desagradable. Filo, navajas. Era curioso: en Federico se mezclaba su aspecto rígido de oficial austríaco y su aire de San Luis Gonzaga. Un militar señorito, empezó a calcular Camilo, pero sintió fatiga. Sábado, noche, el verano, Delfina en el jardín, probablemente habría servido helados, y esa idea le estalló como una burbuja de saliva- Pero nuestras casas... Decíme -nuevamente Federico se le había parado delante-, ¿vos realmente la querés a Delfinita?

Camilo alzó la cabeza: esa pregunta, que esa pregunta se la hiciera Federico con su voz de clarinete. Qué significa esa pregunta:

—¿Qué me querés decir?

—Lo que te estoy diciendo: si la querés a Delfina.

—Vos sabés cómo la respeto.

—Lo sé, sí; pero ¿querés casarte con ella, supongo?

Camilo lo miró a los ojos: eso lo ponía muy tenso, como si tuviera que disponerse a correr:

-Es lo que más quiero -dijo; le costó un esfuerzo pero lo sacó bastante bien.

-Bueno -la mano de Federico flotaba muy cerca de su cara- Bueno -repitió- Si vos creés que una huelga es solamente el barrio de las fábricas como si fuera el fin del mundo, te sugiero que pienses qué le pasaría a Delfina si a éstos se les da por meterse en nuestras casas.

-¿Cómo?

-Meterse en nuestras casas -subrayó Federico.

Por un momento se apoyó en el marco de la puerta, volvió a mirarlo a Camilo con sus anchos ojos de San Luis Gonzaga y salió al jardín.

## VERANO

Domingo; cinco, Reyes y la ciudad permanece inmóvil bajo un calor de treintiseis grados. Las posiciones continúan enfrentadas mientras los directivos de Vasena insisten ante Yrigoyen para que tome medidas drásticas. El ejército, señores -contesta el presidente- permanece en sus cuarteles. *Mano de hierro* exigen los diarios tradicionales; *La policía asume una actitud pasiva*, gimen ante la lentitud con que se resuelve la represión. Yrigoyen resulta demasiado lento: solicita nuevas consultas, pretende escuchar a todos los sectores. *Tiroteos aislados en plena calle Labardén*, denuncia La Prensa. *¿Habrá que esperar que lleguen a la avenida Callao?*

## QUÉ YUNTA

Meterse, se repitió Camilo. Meterse en nuestras casas: pararse delante de una puerta, es decir, llegar corriendo y detenerse frente a una puerta, agarrar el picaporte y sacudirlo a medias para verificar si está cerrada y a medias para llamar la atención de los que permanecen adentro. Pero no, cerrada. Entonces sacudir una vez más el

picaporte, enérgica, inútilmente y después tomar distancia frente a esa madera dura y terca y pegar una patada. Pero para pegar bien había que darle con la parte de abajo y para pegar con la parte de la suela era necesario arquear los dedos del pie. Por lo tanto, abrir una puerta de una patada era lo mismo o casi que pisar un insecto que hubiera aparecido por el zócalo. Abrir era pisar, meterse era pisar, y Camilo una vez entró así a la habitación donde se había encerrado Cleo: patear y pisar y que la puerta cruzara; apretando el pie y los dientes hasta que eso estallara saltando una astilla al costado con la que se raspó al avanzar hacia Cleo, que se había parado al lado de la cama, no en la cama, que por otro lado estaba deshecha y olorosa, sino en el fondo, debajo de ese cuadro con garzas, y con las manos delante del pecho. Meterse era dar patadas. Meterse era violar, aunque a una mujer como Cleo no se la violaba aunque diga No, hoy no quiero, Camilo, estoy indispuesta. Al fin de cuentas es hacerle el gusto aunque ella no lo sepa o prefiera no decirlo. Meterse, pues, era romper, dar patadas, y llamando a las cosas por su nombre, violar, y Camilo, se secó las manos en la sábana.

– ¿Sí? -se incorporó a medias.

La puerta de su pieza se entreabrió:

–Nada, niño Camilo: era para saber si podía hacer la limpieza.

–No, no, Angela; estoy durmiendo la siesta.

–¿Vengo más tarde, entonces, niño?

–Sí; yo te aviso cuando salga.

La puerta volvió a cerrarse, un listón de luz recorrió la pared como un abanico y se escurrió bajo la cómoda. La puerta desde dentro: no él parado delante pegando patadas o tironeando del pestillo, sino del otro lado, de adentro. Los otros tratando ahora de meterse; no uno solo, él, sino un montón golpeando con los hombros como si tuvieran que derribar un árbol. Y él de adentro, él retrocediendo como Cleo con las manos delante del pecho. Las manos sudadas delante del pecho, con los golpes que crecieran y sin sábanas para secarse el sudor. Apenas si la propia piel que también

suda cuando hay alguien del otro lado de la puerta y quiere meterse. Meterse los otros era sudar, yo y éste que es mi cuerpo sin nada seco donde secarse porque el empapelado del cuarto era demasiado áspero o excesivamente claro y quedarían las marcas como las de alguien que se agarra de un borde arenoso para no hundirse. Camilo se pasó la mano por la boca, allí también tenía húmedo; se contempló los dedos brillantes y Verano de mierda, murmuró. Meterse a las patadas era el verano y el calor entraba así todos los eneros, pero sin ruido, sigilosamente. Los otros metiéndose, entonces, era sentir calor y retroceder como Cleo hasta quedar debajo del cuadro con esa mujer con aire pensativo y flores lilas y Federico que repetía antes de salir al jardín Meterse en nuestras casas.

—Angela -llamó Camilo sentándose en la cama- ¡Angela!

Entre las piernas la sábana se le había hecho un bollo, presintió que podría hincharse y crecer y lo estrujó como aquella siesta en Llavallol que tuvo que secarse las manos con un diario: allí se leía Verdún con emboscada y patriotas.

—¿Llamó, niño?

—Sí -Camilo amasó un poco las sábanas- Para que me prepares el baño.

—¿Con agua caliente?

—No, mujer, no.

Meterse era avanzar sobre él, sobre Cleo, pero una cosa era echarse encima de esa tipa que al final, siempre, se agarraba el pecho para que se lo besara como en un rito y con la que podía hablar de los otros que se le tumbaban encima, desde el general Garmendia pidiéndole que hablara con entonación paraguaya, se reía y le decía Igualito que el cabo Correas, que era paraguayo, y Todos los paraguayos son unos cobardes que no asoman la cabeza por encima de las trincheras, para terminar pegándole aunque, casi siempre unas palmaditas, hasta el juez Casaborda, que entraba con la mano delante de la boca como si fuera a hipar, pero en realidad ocultando Unos aritos para vos, porque le daba vergüenza y se disculpaba No

me gusta traicionarla a Sonia, si se entera no me recibe más. Y otra cosa era voltear la puerta y entrar y avanzar sobre Delfina porque de sólo pensar eso sentía una puntada, una especie de guampa, quiero decir, que se me mete a la altura del hígado sin desgarrar pero revolviendo todo y quedándose.

—Delfina -murmuró estirando las manos, como si quisiera secarse en la penumbra del cuarto: era algo seco, una especie de mosquitero de tul, pero ésa que flotaba ahí no le servía para gran cosa: la puerta abierta a las patadas, esos tipos avanzando en pelotón y Delfina con las manos traspiradas retrocediendo hasta quedar debajo de ese cuadro de Sívori- Delfinita -Entonces Camilo se puso de pie, corrió la cortina de un tirón, toda la habitación se iluminó y él se puso a buscar en los cajones de la cómoda: los pañuelos, unas bolas de naftalina que rodaron en el fondo, los guantes de pecarí, un aro de mujer y, por fin, en un rincón el Smith-Wesson: ñata, mi mocho, quilombero viejo, con las cachas azuladas y las seis balas adentro; a un costado esa bolsita que parecía de tabaco y dos docenas de diminutos cilindros de bronce. Bien. Por un momento se la llevó a la cara y él, él mismo no supo con claridad si las olía como si fueran tabaco, las besaba o quería que le refrescaran las mejillas.

Si meterse era violar sin secarse las manos sudadas, pelear era parar a esos tipos. Seguramente el primero en avanzar sería uno de gorra, autoritario pero sin levantar la voz y con los pantalones de corderoy. A ése lo paro en seco. Lo mato, y Camilo se cerró de un tirón los cordones de los botines. Si meterse era violar, matar a uno de éstos era pararlos para siempre: quedaría al pie de la cama de Delfina, no, un poco más acá, con la cara mirando el cielorraso y la nariz muy afilada mientras los demás le irían formando un círculo alrededor, alguno lo palparía con la punta del pie, otro murmuraría Compañero, el de más atrás la contemplaría a Delfina parada bajo el cuadro de Thibon de Libian y diría Yegua o Perdona, señorita, con usted no era la cosa, sino con ése.

—¿Ya sale, niño?

– Sí, sí.

–¿Con esta calor?

–Ahá -Camilo señaló hacia el pasillo- ¿El rancho está en?...

–Colgado en la sala, niño.

–¿Me hacés el favor de pasarle una gamuza?

Angela se había cruzado de brazos y se tironaba de la piel de los codos:

–¿Cuándo vio que yo me olvidara de eso?

Camilo se volvió apenas: los codos de Angela, el pesado busto de Angela, Angela espolvoreando harina sobre esa masa verde que amasaba como si fuera barro:

–Gracias, Angelita -y la besó en la mejilla.

–Comprador-se lo espantó ella de un manotazo- Eso es lo que es usted: un comprador.

Pero como esa corbata se resistía a que el nudo quedara ancho, chato y brillante, Camilo tuvo que volver a deshacerla: los dedos sudados por más que se los hubiera untado con colonia, el espejo demasiado oblicuo, aunque hubiese jurado que había que hacerlo enderezar y tuviese que quebrar la cintura para verse bien y el general Garmendia que era de San Nicolás de los Arroyos, antiguo alsinista y ceceoso asegurara que los últimos que en este país habían peleado en serio eran los de su generación: La guerra del Paraguay fue la última cosa que hicimos en serio; allí matar era terminar entre unos juncos con un agujero marrón en la cara. O parar a unos tipos que avanzaban en pata pero gritando en guaraní y sableando, Matar era terminar de oírlos gritar en guaraní, matar era dejar el tendal en una de esas trincheras que parecían barracas de yerba, unos agarrándose la barriga como si tuviesen muchas ganas de vomitar y no terminasen de vomitar, y dos o cinco gimiendo cada vez más despacito y buscándose una pierna o alguna parte del cuerpo. Eso sí que era matar, Camilo: no oírlos más, y al general Garmendia también le gustaba acariciarse el lóbulo de la oreja, de la misma manera pero con otro sentido: ese pedacito de carne se le

convertía en una miga de pan, era una perla de pan y si superponía el índice y el dedo mayor sentiría dos lóbulos en cada oreja. Como seguramente que si éstos después de patear la puerta y quebrarla entraban a la habitación de Delfina la empujarían hasta la cama gritando en guaraní.

-No, Camilito, en guaraní no, sino en ruso o en catalán.

-¿Decía algo, niño?

-No, Angela: es por esta corbata dichosa.

-¿Quiere que le haga el nudo?

-Gracias -Camilo sacudió los dedos- Mejor me dejás solo.

Que Angela desapareciera por la puerta entreabierta, que caminase por la penumbra del pasillo y que volviera a pasarle la gamuza al rancho, el sol que blanqueaba las ventanas sobre el patio, las baldosas que hacían fruncir los ojos como si se hubiera levantado polvareda y las tinas de agua brillante y las sábanas encenegedoras tendidas bajo ese cielo sin arrugas, de vidrio, enero de vidrio, el sol, el otro lado del sol, ah la sombra que habría del otro lado y él se apoyaría sintiendo la espalda fresca y esa puntada por Delfina, Delfinita querida, se iría derritiendo. Pero enero era rojo y la cabellera de Fullbright brillaba bajo el sol. Eran tres los que se iban en ese otro enero del 17: Fullbrigh, Jonson y Deeper.

-Vamos a pelear -le dice Deeper.

-A pararlos a éstos -agrega Jonson.

-Hunos -dice Deeper apoyándose en la vitrina con las listas de exámenes- Eso es lo que son.

-¿Y vos? -se acerca Fullbright.

-Yo ¿qué? -lo encara Camilo.

-¿No te venís con nosotros?

-Tienen buenas máquinas -la mano de Deeper marca un looping en el aire-; no esos Blériot bichocos de aquí.

-Buenas máquinas -cabecea Jonson.

-Yo no soy inglés -dice Camilo.

-Nosotros tampoco -se sonríe Deeper y su mano aterrizza suavemente sobre el hombro de Camilo.

-Es que no sé el idioma -dice Camilo.

-Lo aprendés allá -la mano de Deeper ha dejado de ser un biplano y acaricia la nuca de Camilo - Es fácil el inglés.

-Muy fácil -insiste Jonson- Y tienen buenas máquinas.

-Pero yo... -retrocede un poco Camilo: Fullbright con su pelo en llamas, un Blériot que entra en tirabuzón, choca contra una enorme piedra y se parte con un estallido rojo. Jonson nacido en Venado Tuerto cuando a Roca le pegaron una pedrada frente al Congreso, padre criador de Romney Marsh allá lejos, en la otra orilla del Salado, manos cuarteadas como pata de gallina y polainas de sargento colonial y Deeper pecoso, hijo de ferroviario y torpe en cálculo diferencial - Está la carrera. Tengo que terminarla. Jura Camilo.

-Ah, eso es otra cosa -admite Jonson - La carrera es importante.

-Muy importante -admite Deeper.

-Pero ellos avanzan -y el dedo de Fullbright señala hacia el río.

Bien. El nudo listo, apretarlo un poco para que no resulte tan armado, el saco, una manga, la otra, tengo mejor perfil en la derecha, el lado izquierdo parece más blando, en realidad soy asimétrico. A ver qué tal un fruncimiento de cejas. Bien, sí, me gusta, soy Camilo Pizarro. Y Fullbright, Jonson y Deeper esperan apoyados en la pasarela del Cap Arcona, saludan cuando llegamos con el Goyo Larsen, después se dicen algo entre ellos y se ríen mostrando unas dentaduras de caballos.

-¿Cuál te gusta más? - los señala el Goyo.

-No sé. Los tres son tan parecidos.

-Pero, decí, andá.

-Bueno... Deeper,

-¿Por?

-Porque tiene pecas.

Suena una sirena, una inglesa de sombrilla protesta *What a country!* y saluda alzando el brazo mientras un banderín azul trepa por uno de los mástiles. Una banda toca una marcha acelerada y Deeper y Jonson lo agarran al Goyo Larsen y anuncian que lo van a tirar al agua, pero él se ríe murmurando No, muchachos; vamos, muchachos, inquieto pero dichoso de que le agarren el cuerpo y lo tirenen.

—¿Qué dice?

El barco se va separando del muelle y allá arriba Fullbright grita algo poniéndose las manos de bocina.

—¿Qué dice? -vuelve a preguntar Camilo.

El Goyo Larsen se adelanta hasta el borde del muelle: él puede oír y vuelve caminando entre esas inglesas.

—¿Qué decía? -lo apura Camilo.

El Goyo Larsen se esfuerza por sonreír:

—Dice que cuando se te pase el cagaso, podés ir lo mismo. Ellos te esperan.

Los otros avanzaban por el lado del río: los hunos, con gorra y hablando guaraní. Matar era pararlos, matar era ganarles de mano en la violación. Eran ingleses, por eso fueron: de Venado Tuerto, un viejo ferroviario y el otro que entraba a jugar al golf con unas alpargatas de yute. Los ingleses sabían matar y lo hacían con convicción pero sin alardes. Primero llegó una foto: Jonson de pie, con uniforme, junto a una máquina formidable; había apoyado la mano sobre la hélice y el Goyo comentó La acaricia el muy turro. Nunca volvió. Fullbright se apareció una tarde por la Facultad exhibiendo un nuevo libro sobre motores a explosión y la manga izquierda vacía; se reía mostrando sus dientes de caballo y la sacudía con un gesto socarrón: Me quedó muerta para siempre. Al tiempo se supo que estaba de gerente en los talleres del Ferrocarril del Sur; era por el lado de Bahía Blanca, en un pueblito. *Lobería*. Pararlos antes de que entraran, matarlos antes de que violaran. Con Deeper fue en Belgrano erre: una vieja sentada en la escalera de entrada

murmuraba *Son, oh, my son*, un perro que gambeteaba, lanudo y con aire perplejo, entre las piernas de unos que parecían recién afeitados. A Camilo le dieron varias veces la mano, un poco de anís y frente a una vitrina le señalaron una medalla.

Matar era violar, morir era ser violado. Y si a uno lo violan lo convierten en una mujer o en marica. Que era lo mismo que ser vencido, pero para siempre. Hay que pararlos a éstos, se dijo Camilo, carraspeó un poco y se volvió a mirar en el espejo. Bien: el perfil izquierdo medio blando, pero asimétrico y macho. Agarró la Smith-Wesson con ternura, la metió en el bolsillo y se la acomodó contra el cuerpo.

## VERANO

En la tarde del domingo, un incidente: varios grupos de huelguistas se dirigen a la estación Constitución; allí piden hablar con los ferroviarios; se trata de solicitarles la adhesión a la huelga: una hora de paro al principio y después en forma creciente si las exigencias fracasan. La entrevista principal se celebra entre el foguista Loíacono y el obrero de Vasena Castel; hablan durante una hora y media en la oficina de controles. El resto de la gente espera en los andenes. El calor aprieta y algunos obreros resuelven destapar uno de los tarros de leche de los que están amontonados frente a la calle Hornos. Alguien protesta, dice que eso es una provocación, pero le gritan que el calor no se aguanta y que no se preocupe que van a dejar las cosas como estaban. La entrevista entre Loíacono y Castel no llega a nada concreto. Cuando Castel explica la situación a sus compañeros avisan que una patrulla avanza por la plaza Constitución. Castel pide calma: son gente reunida, en domingo, y allí no ha pasado nada. Pero al llegar a la estación un señalero que va a tomar su turno es detenido por el piquete policial y golpeado. Los obreros de Vasena se repliegan sobre la estación. Castel insiste en pedir calma y se asoma sobre las escaleras de Hornos. Quiere

explicarse con la policía, pero desde la calle le hacen disparos. Sus compañeros reaccionan y empiezan a voltear los tarros de leche: con pedazos de rieles, a los golpes, los van volcando sobre el andén y esas latas parecen descabezadas, como sangrantes y un gran lago blanco se desparrama sobre las vías. *Procedimientos anarquistas* comenta La Vanguardia. *Acción directa que a nada conduce y que provoca represalias*. Son cinco mil, siete mil litros de leche que brillan como un charco bajo el sol de la tarde.

## QUÉ YUNTA

Por la avenida desierta avanzaba ese Packard abierto: allá al fondo, humeaba una pirámide de papeles negros, el auto marcó un zigzag, esquivó un perro que trotaba y se fue acercando junto al cordón de la vereda.

-¡Camilón! -gritaron.

Camilo se detuvo:

-¿Qué hay? -con un gesto a la defensiva.

-Vení -alguien se había quitado el rancho y lo agitaba en el aire- Vení -volvieron a llamar, pero el sol lo obligaba a entornar los ojos- Camilito: soy el primo de Goyo -entonces avanzó lentamente, con cautela, el Smith-Wesson mocho lindo y la mano tiesa.

-¿Te anotaste en el Círculo?

Cierto: era el primo del Goyo Larsen, uno con cara de liebre que se aferraba a su carabina.

-¿Andan cazando patos?

El de la cara de liebre se rió:

-No. Rusos.

-Patos rusos -aclaró el que iba al volante.

-Vuelan bajo -dijo Camilo- y para eso no necesitan semejante artillería. Se dejan cazar con honda.

-¿Con honda? -el del volante tenía un gesto de malestar- No te creas -y señaló hacia el fondo de la avenida- Mirá todos los que se anotan.

El humo de la pirámide se había disipado y desde allí Camilo pudo ver una larga cola que esperaba frente a la puerta del Círculo Naval.

-¿Todos esos para cazar rusos?

-¿Y qué te creías, que iban a anotarse con Sobral, para ir al Polo?

Camilo observó al del volante: en realidad era la forma de los labios lo que lo hacía desagradable, no que tuviera malestar de nada. El hígado, calculó, y esa palabra, el color marrón, lo hizo estremecer bajo el sol.

-¿Vas a anotarte? -preguntaba el primo del Goyo.

-¿Qué decías?

-Si vas a anotarte.

-Sí -dijo Camilo dejando caer la mandíbula- Por supuesto.

-¿Tenés arma propia?

Camilo se apoyó en silencio la mano sobre la cintura.

-¿Y balas?

-Para tres cargadores.

-Entonces te mandan a Pompeya -sentenció el del volante.

Camilo se pasó los dedos por la cara: una vez había escrito *Labor omnia* en una pared porosa y ahora le quedaban húmedos:

-¿Y cómo vamos hasta allá? -resopló- ¿En tranvía?

-No te preocupes, viejito: te dan uno como éste -el del volante palmeó la portezuela como si fuera el anca de una yegua- Si lo que sobran son autos. Te hacen dejar la libreta...

Camilo se encogió:

-¿Pero qué es esto: una elección o un asunto que va en serio?

El otro se rió:

—Y, vos sabés: garantías. Das la libreta, te anotan en una lista, te ponen un tipo a la derecha, dos atrás y tres carabinas. Y si sos medio paspado, te agregan un milico.

—¡Y a darle a los rusos! -aplaudió desde atrás el primo del Goyo mientras el otro ponía el auto en marcha: el motor del Packard crugió duramente, por un momento tembló apenas, volvió a jadear y por fin arrancó.

—Adiós, Camilón -el primo del Goyo alzaba su carabina sobre la cabeza- Andá a anotarte ¡y esta noche te veo en Pompeya!

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*Mi yeide don Luys jamás tomaba mate. Se ponía una azuquita sobre la dentadura y llenaba su taza de cristal. Ese viejo barbón había llegado de Hamburgo o de algún puerto por el fondo del mar Báltico. Viajaron a Nueva York a bordo de un barco de tres chimeneas; él iba con su señora, doña Sarah, pero no los dejaron bajar al muelle porque la vieja tenía conjuntivitis. Y eso que los esperaban unos parientes (que habían empezado a llamarse la familia Porter). “¡Al Sur!” les ordenaron del paquebote de las tres chimeneas. Veracruz, Habana y un puerto del Brasil. Allí tenían que desembarcar. Pero doña Sarah —que venía embarazada — protestó: “—No, no; muchos negros”. Y don Luys y su familia siguieron más al Sur. Él necesitaba una casa larga porque trabajaba con cordones, y lo primero que consiguió fue una tanda de charreteras para los granaderos. “—Ni loco pongo los labios en ese canuto”, repitió toda su vida.*

## QUÉ YUNTA

—Menos mal que viniste -le cuchicheó el Goyo Larsen apretándole el antebrazo.

Camilo lo miró de costado:

—¿Y qué te creías?

El Goyo vaciló:

—No. Es que no estaba seguro -se esforzó por sonreírse con el aire perruno que adquiriría a veces Como ya vinieron todos -yr fue señalando a los que estaban en la fila- Allí está Elizalde... el Tito Oliver... los Tezanos. No falta ninguno.

—No. Ninguno -admitió Camilo y se cubrió los ojos requintándose el rancho: de allá delante llamaban, había una mesa, tres tipos sentados como en un comicio y la fila iba avanzando lentamente: el primer escalón de la escalera del Círculo, el segundo cuando gritaban Leloir y alguien salía corriendo por un costado y la línea de sombra y ese Neptuno de fierro encima de la puerta en el momento en que un chofer uniformado detenía un gigantesco Isetta en la esquina de Florida y después el pasillo tan fresco y algún saludo de costado Qué tal, Camilito y un desganado Aquí estamos, Piquiyín, al pie del cañón como todos, y la silenciosa y devota aprobación del Goyo Larsen que se sonreía sacudiendo su corpachón con un jeje feliz pero moderado.

—Parece la Bolsa -señaló Camilo cuando en el avance de la cola llegaron a esa inmensa sala.

—¿Por el pizarrón?

—Sí -dijo Camilo y fue leyendo esos nombres anotados con letra apleton aunque no muy clara Gorostiaga, Hispano Suiza familiar, cuatro hombres... Hileret, Packard abierto, tres hombres, dos policías...

—Se mueve la gente -aprobó el Goyo.

—Sí... Martínez Zuviría, Nash, dos hombres, policías tres y un cadete a su pedido.

Y la fila siguió avanzando hacia esa mesa entre el movimiento cada vez más rápido con que Camilo agitaba su rancho a causa de ese calor de miércoles, En Buenos Aires no se aguanta en enero y Yo no sé cómo a estos atorrantes se les ha ocurrido largarse a una huelga tan luego en esta época y Porque creyeron que iban a aprovechar que la ciudad estaba vacía y era campo orégano, y una

carrerita hasta el pilón de agua que brillaba en una esquina y ese balanceo que parecía de mercurio, el vasito de papel parecido al de los dentistas, doctor Simpson, Chacabuco treseinticuatro desde que venía con su madre de Lavallol porque era algo de abuelos a nietos, mi niño, y el gusto helado en la garganta y de nuevo la fila y los de la fila que ya se iban apoyando en la pared como desplomados pero sin dejar de abanicarse con energía.

—¿Ves? -lo codeó el Goyo.

—¿Qué?

—Ése, hombre.

Camilo se volvió: al final de la fila, junto a la mesa donde iban haciendo las anotaciones, petizón y enérgico, un hombre canoso hablaba delante de un círculo que lo atendía en silencio.

—¿Quién es?

El Goyo Larsen se asombró con su aire devoto:

—¿Cómo, no lo conocés?

—Y si te pregunto quién es...

—El almirante -murmuró el Goyo.

Un soldado con uniforme de ordenanza apareció corriendo por la puerta del fondo, tropezó con un policía, se disculpó con una sonrisa y trotó hasta cuadrarse delante de ese hombre canoso. Camilo los contemplaba desde su sitio: el almirante alzó apenas la mano, se despegó del grupo que lo escuchaba y se acercó al ordenanza que hizo resonar sus tacos. Inclinado apenas lo escuchó con la mano sobre la oreja; era el almirante y tenía un aire de confesor: sí, sí, parecía decir, cómo, eso no lo entiendo, si, está bien. Alzó la cabeza, la cara sonrosada se le había oscurecido; hizo un gesto rígido con algo de mamboretá, el soldado se volvió a cuadrar, dio media vuelta y salió a la carrera. Entonces el almirante se acercó a su grupo con una sonrisa condescendiente de senador romano.

—Pizarro -dijo Camilo tendiendo su documento.

El que presidía la mesa del otro lado lo contempló con sus ojos descoloridos:

-¿Estudiante?

-Sí.

-¿Derecho?

-No. Ingeniería.

-Qué bien, qué bien -aprobó ese hombre- Como Newbery -volvió a mirarlo con sus ojos muy abiertos, fugazmente Camilo intentó apoyarse en esa claridad tan suave como para agradecerle o darle a entender que sí, que estaba de acuerdo, pero esas pupilas eran inasibles; seguía escribiendo sin bajar la vista y continuó así cuando le extendió una tarjeta -Para darse a conocer en cualquier caso.

Camilo titubeó:

-¿Y la consigna?

-Allí tiene todo escrito.

Camilo leyó velozmente:

-Mm... el sur... orden... mm... incondicionalmente... subversivas... carabinas -alzó la vista- ¿Patrulla volante?

-Sí. Todos los que mandamos del Círculo tienen esa misión: cada doce horas deben traer el parte.

-¿Por escrito?

-No. Verbal es suficiente.

Camilo dobló la tarjeta:

-¿Tenemos automóvil?

-Sí. Un poco chico, pero para ustedes dos...-ese hombre se volvió hacia el Goyo Larsen- Pizarro va con vos ¿no?

-Sí. Por supuesto -dijo el Goyo.

-Entonces no van a tener problemas -volvió a mirarlo con esas pupilas inexpresivas, parpadeó apenas y le tendió la mano mientras en el fondo del salón un grupo aplaudía, otros trotaron hacia uno de los ventanales: en la calle cantaban el Himno, después alguien dijo Va a hablar Manolo Carlés. El almirante se había quedado solo, se acariciaba las patillas y sonreía suavemente.

Al salir a la calle, bajo el sol, el Goyo Larsen se cubrió como si le cayera un chorro de caldo:

–¿Qué tenemos que hacer? -resopló colgándosele del brazo.

Camilo sacudió la tarjeta con un dedo:

–¿De acuerdo a la consigna?

–Sí, hombre, sí.

–Y, pararlos.

–Perfecto -admitió el Goyo- ¿Y después?

Camilo alzó los hombros:

–Qué sé yo. ¿A mí me lo preguntás? Lo que se te frunza, Goyito.

## VERANO

El lunes seis amanece con las posiciones estancadas: los huelguistas han estabilizado un núcleo rebelde y los escuadrones policiales se limitan a guardar vigilancia en los extremos de los barrios sublevados. A lo sumo contestan con descargas aisladas a los insultos que les largan desde el otro lado de las barricadas de carros humeantes y adoquines amontonados. Al entierro del cabo Chaves acude la plana mayor de la policía y la muerte de Teodoro Roosevelt ocupa las primeras planas de los diarios: *Con él desaparece un eminente ciudadano americano*, La Nación. Y La Prensa: *Practicó una política dura, pero fue un presidente eficaz para su país*. La Sociedad Hierros y Aceros Limitada de Vasena e hijos presenta una nueva nota reclamando garantías al gobierno y declarando “erróneo el concepto que mantiene el Poder Ejecutivo sobre la libertad de trabajo”. Ya se calcula que son dos mil los obreros en huelga comprendidos los que han parado en los depósitos que la firma tiene del otro lado del Riachuelo. Y las barricadas se amplían, algunas se levantan en el barrio de Almagro, penetran hasta Once por la calle Catamarca, por Jujuy, México y avanzan sobre el Congreso.

## QUÉ YUNTA

Lo miró cruzar por el medio de esa enorme mancha blanca: al principio como adormecido, perplejo o haciendo equilibrio, pero cuando Goyo llegó al borde de esa depresión y se detuvo a palpar con la punta del pie se le ocurrió que estaba está junto al mar y comprueba la temperatura del agua con el mismo ademán que hace la madre de Delfina y Federico pero al revés porque doña Ursula toca apenas, después avanza hacia las olas, corre y se zambulle en la rompiente mientras desde la costa sus dos hijos y yo y bastante gente la contemplamos y medio nos dan ganas de aplaudir porque es la única que hace esas cosas y para que los demás sepan que estamos con ella y sobre todo Federico que hace evidente que le sostiene la salida de baño que es celeste a listones y es de ella que no hace jeje con el frío del agua como el Goyo Larsen que siguió avanzando por el centro de esa gigantesca mancha de leche que cubría el andén, parte de las vías y las escaleras donde se amontonaban esas latas tiradas y algunas todavía goteando.

-¡Goyo! -llamó Camilo- Vamos; aquí no hay nada que hacer -pero el Goyo Larsen no lo oyó porque ya había llegado casi hasta la otra punta del andén o si lo oyó prefirió seguir caminando lentamente por encima de ese charco de leche derramada: caminaba despacio, marcando unos pasos pesados y como si buscara algo en el suelo pero sin encontrarlo. Durante un momento se detuvo, contempló largamente esos tachos tirados, hizo girar a uno toqueteándolo con el pie. Dudaba y Camilo tuvo la impresión que desde allá lejos, con la carabina en banderola lo miraba como para consultarlo en silencio: el Goyo era un carabinero no negro, sino azul pero desteñido, casi lila en medio de esa especie de vapor que se iba levantando del suelo. Del otro lado sonó el silbato de un tren pero no avanzó ninguna locomotora y el gigantesco tinglado de la estación siguió en silencio, negro y como acechando. El Goyo, Oyo Larsen, ojo con el Oyo: se había agachado apenas, alzaba uno de esos tarros

y dejaba que un resto de leche le cayera sobre los botines escurriéndose hacia el lado de las vías. Después se puso de pie, volvió a mirar hacia el fondo brumoso de la estación, fugazmente brilló la punta del cañón de su carabina y se fue acercando con unos pasos muy abiertos como si estuviera no ya al borde del mar, sino en el Palais de Glace y tratase de aprender a patinar con cautela por el golpe, por la ropa que se podía mojar y, en particular, por la mirada de los que permanecían a los costados de la pista susurrándole cuando él pasaba cerca Usted no lo va a creer, niño, pero la Angela no se da maña con la Holando de las casas, y don Severo insiste en sentarse en ese banquito que cuando se pone de pie se le queda como pegado a las nalgas. Mire, niño Goyo, que el Viterbo ése se está llevando elementos del tambo, y ese viejo se afloja la correa que sostiene el banquito como si se quitara el cinturón. Creamé, niño. Pero no puede ser, don Severo, si Viterbo se ha criado en la estancia, piense que empezó como peón de patio. Pero ese viejo don Severo mientras le ajusta la montura que él mismo le ha hecho a Delfina insiste Mire, niña Delfina, adviértale a su mamita que el Viterbo se lleva elementos de las Holando. Y también a Federico cuando todos, es decir, Delfina y Federico que no lo atiende sino que mira hacia la pieza que le sirve de dormitorio y el Goyo Larsen y Camilo que ha sido el último en llegar, se sientan al borde del fuego y del mate que don Severo ceba lentamente como si elaborase un razonamiento sutil y frágil Mire, niño Federico, que al Viterbo se lo ha visto con los Zelarrayán que son gente de Yrigoyen mientras el Goyo lo contempla a Camilo desde unos metros. Allí se había detenido, volvió a echar un vistazo redondo y muy lento como si por última vez viese ese manchón blanco aunque ya medio carcomido por diminutas islas negras y se tuviese que ir irremisiblemente dejando esa pérdida a sus espaldas. Suspiró como si hiciera un esfuerzo, se acomodó la carabina soliviantándola apenas y murmuró algo.

—¿Hum? -se le fue acercando Camilo.

El Goyo lo miró a los ojos:

—No. Nada -dijo-. Llavallol.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*Mi yeide, don Luys, además de no tomar mate, no frecuentaba el templo. Prefería rezar, allá, al fondo del patio, donde se iban amontonando las tandas de charreteras para el regimiento de los granaderos. Él se cubría los hombros con esa especie de bandera argentina (y me guiñaba un ojo: “– Luys: patriota”. Y se escardaba su barba talmúdica).*

*Sus tres hijas mayores –Ana, Elizah y María – se habían casado: la primera con un kuentenik que viajaba con un sulky desde Trelew hasta Chile; Elizah, sin hijos, con un tornero de Moldavia; y María con Pablo (al que le faltaba un par de dedos), un maestro talabartero. Mi abuelo – el yeide – solía llevarla a mi hermana, Yánale, al zoológico. Los dos salían tomados de la mano. Yánale usaba trenzas cuando era niña. Hasta los veinte años se hacía moños. “Gringa”, le decían en la Plaza Irlanda.*

## VERANO

Congreso es el límite que puede tolerar la policía que se va sintiendo desbordada mientras los tiroteos retumban constantemente a lo largo de la avenida San Juan. Frente a los pabellones del hospital Francés arden cuatro tranvías incendiados. Un obrero de boina se trepa a una silla y pronuncia un discurso exasperado en la esquina de Sarandí y Humberto Primo: su brazo señala rígido hacia el norte de la ciudad.

## QUÉ YUNTA

–Es que no saben gobernar los radichas: nunca pudieron aprender y ahora lo único que tienen son unos cuantos viejos carcamales o maestros de provincia. ¿Vos crees que un maestro puede ser ministro de instrucción pública? Pero ni frac sabe ponerse y si se le da por encajárselo parece un escarabajo. Se nace sabiendo usar frac

como se nace sabiendo gobernar. Tu abuelo, tu padre; es lo que siempre escuchaste en tu casa. Se lleva en la sangre; como si sos heredado sifilítico te ligaste eso yo qué sé por qué y sonaste para toda la carrera. Mala suerte, Goyito: como ser petizo o que te falte un ojo de nacimiento. Y los radicales no la saben porque no lo mamaron. Fíjate; hace años que vienen jorobando para llegar al gobierno: que las revoluciones, que la del noventa y tres, que la de la época de Quintana. No había poronga que les viniera bien. ¿Y? Ahí los tenés. ¿Cuánto hace que están?

–Dos años largos -suspiró el Goyo Larsen.

–Más de dos años. Y qué hicieron te pregunto yo. Poner una colección de pobres diablos de ministros, salvo uno o dos...

–Uno -concedió el Goyo.

–Uno. Uno y medio si querés.

El Goyo se recostó en el asiento del auto y lo contempló como si de pronto desconfiara:

–Pero, a vos no te había pedido ése de Medicina... ¿Cómo se llamaba?

– Tamborini.

–Sí. ¿N o te había pedido que te hicieras radical, porque vos tenías que ser radical?

–¿Yo? -se señaló Camilo- ¿Te pensás que quiero quemarme? -abrió la portezuela del Ruby y se sentó frente al volante: el vidrio del parabrisas estaba cubierto de polvo; primero lo limpió un poco con el dedo, después marcó dos rayas: Delfina, ingreso al Club. Y más adelante. Trazó otra raya horizontal y larga- Después metieron a todos los muertos de hambre que hacía años estaban esperando que se les diera la cosa -prosiguió como si se encarnizara - y allí los tenés: muchas palabras misteriosas, mucho recibir a esas colas que te llenan Plaza Mayo, las viudas, las viejitas, las hijas de las viejitas. Que un décimo de la lotería, que una pensión porque al viejo le dieron un palo en la revolución del año cinco, quedar bien con los militares amigos que habían quedado fuera del escalafón y andaban

vendiendo terrenos en Adrogué -Camilo hizo una pausa y lo volvió a mirar al Goyo: quería comprobar si lo seguía observando con esa fugaz desconfianza. No, no. Para aprovechar ahora y comprar tierras, me dice el viejo Larsen. Los Casiaburu venden, la madre de Federico vende, me insiste acariciándose las solapas del saco y los botones del chaleco. Aprovechá, mijito, ya que tu madre te encargó que le administraras los pesos. Aprovechá: vos no viajás, no gastás demasiado. Pero le presto a Federico, don Gregorio- Y qué más, te pregunto yo. Qué más -pero como el Goyo no contestaba borroneó con un zigzag las rayas que había marcado sobre el parabrisas- Durante la guerra mejor no hablar, porque lo único que hizo ese tipo fue compadrear con los ingleses y con los alemanes y con todo el mundo para ver qué les podía sacar a unos por un lado y a los otros...

-Era germanófilo, por eso -aseguró el Goyo con indignación- Y adentro del ministerio tenía a varios que recibían dinero de Berlín.

-Qué dinero. Saludos. De maquinarias y de armamentos. Y ahí lo tenés. Ni medio. Basta mirar las armas con que cuenta el ejército: parecen policía de provincia. Y lo más grave es que cuando las cosas se le ponen espesas, tiene que pedirles por favor que lo saquen del pozo.

-Y eso, de demagogo. Tanto hacerse el que recibe a los tranviarios y a los del ferrocarril...

-Hasta que se lo montan -sacudió Camilo el brazo como si diera una puñalada- Por atrás -volvió a sacudir el brazo- Y de parado.

## VERANO

Ante la pasividad de la policía que ha vuelto a replegarse la empresa Vasena publica declaraciones en La Nación y en La Prensa: *La opción es entre ganar votos o el orden* dice uno de los diarios. Y el otro: *El señor Yrigoyen ya no puede conspirar; su causa actual debe ser gobernar.* Y las apelaciones a la necesidad de mano fuerte se

van convirtiendo en un coro. Las sesiones de la convención de la Capital del radicalismo padecen ese mismo tironeo: el orden del día es el reemplazo de la senaturía de Crotto y de las diputaciones de Saguier y Le Breton; pero ese balanceo entre los reclamos de los huelguistas que sostienen las barricadas de Nueva Pompeya y Boedo y las exigencias de protección de Vasena se convierte en el verdadero ritmo de la asamblea. En la reunión obrera -pese a los enfrentamientos crecientes entre las tendencias anarquistas y socialistas- la acción es más decidida: se resuelve apoyar un comité de huelga en el local de la calle Loria; se recibe un telegrama de los obreros petroleros de Comodoro Rivadavia. Hay aplausos; se siente que es el lejano sur que los alienta. Los de la construcción anuncian su apoyo; los zapateros, los cloaqueros ceden los fondos de su caja sindical: ciento veintitrés pesos. Los mismos capataces de Vasena se pliegan. Cuando llega la noticia, un aprendiz de la fábrica se trepa a unos cajones y enarbola una bandera roja. Las listas abiertas en el Círculo Naval bajo las órdenes del vicealmirante Domecq García aumentan con los nombres de más voluntarios organizados en guardias blancas. Los diarios de la noche anuncian el sitio de Lemberg por los maximalistas rusos. *Ejemplo peligroso* comentan.

## QUÉ YUNTA

-¡Mirá!

-¿Dónde? -se volvió Camilo.

-Allá al fondo; del otro lado de los árboles -señalaba el Goyo Larsen apuntando con la carabina: sobre el terraplén de un baldío una sombra se recortaba; parecía un alabardero o un pescador con la caña sobre el hombro y trepaba pesadamente por ese montículo.

-Lleva una bandera -se fue adelantando el Goyo.

-Es un palo -quiso detenerlo Camilo.

-No, hombre: es una bandera arrollada.

Los dos se detuvieron junto a un paredón: allá abajo, esa figura puntiaguda se iba perdiendo entre unas franjas de bruma; era una cordillera de diminutos volcanes que soltaban una nube azulada.

—Debe ser uno de éstos -murmuró el Goyo.

—¿Te parece?

—Seguro -y los ojos del Goyo brillaban como dos piedras húmedas en la oscuridad.

—¿Se la damos?

El Goyo se estremeció con un jejé desflecado:

—Como vos digas, Camilito.

Entonces Camilo lo empujó apenas y los dos corrieron hacia adelante; el Goyo iba golpeando el paredón con la contera de su carabina. No me dejes atrás, empezó a rogar. No me dejes, y entre su risita, el jadeo y el ruido que hacía con el cuerpo parecía que se iba orinando. Se va a mear pensó Camilo fugazmente y lo tomó del brazo para sostenerlo, para que la terminara con ese jejé acuoso, para que se le pusiera a la par.

—¡Alto! -gritó con su mejor tono marcial -¡Alto he dicho!- pero esa borrosa figura de lansquenete se detuvo un momento, se dobló hacia atrás, pareció oscilar y después se largó por el medio de esos conos barrocos - ¡Alto, le ordeno! -volvió a gritar Camilo cuando ya sentía el piso en declive, alguna lata que crujía y un olor de trapos quemados y un alambre que se le enredó en el tobillo: Mierda pensó, se agachó para soltarse esa trampa, algo se le clavó en la muñeca sintió húmedo y tibio y una rajadura y un dolor como si se hubiese agarrado los dedos con el filo de una puerta.

—Metéle, bolas -lo apuró al Goyo que resbalaba y a medias extendía un brazo para agarrársele del saco.

—Es que me caigo.

—¡Pero no te cuelgues!

Ese tajo, se lo chupeteó duramente, era algo que se le incrustaba. Ojalá no esté infectado y el tipo de la bandera que se les escapaba por el fondo del bañado.

-¿Le tiro? -el Goyo se había arrodillado y apuntaba su carabina.

-No, dejá -la mano seguía sangrando y Camilo volvió a chupearse- A ése hay que agarrarlo vivo -y de nuevo lo sostuvo al gordo que seguía con su jejé que era jadeo o ganas de comer- Vamos, no te me quedes.

Y los dos corrieron detrás de esa sombra afilada que iba trocando por debajo de un farol: Allá va y Sí, sí, pero no hables, y primero tratando de que el Goyo no se quedara atrás pero después dejándolo poco a poco porque no era cosa de perderse al tipo y a esa bandera y el dolor en el tajo de la mano y ése las iba a pagar por todos. -¡Alto !- gritó cuando el Goyo se había rezagado, pero esa especie de vela negra seguía avanzando por entre unas zanjas aunque ya se habría dado cuenta de que ahora era uno solo el que le iba por detrás y que ése sabía lo que era correr porque para algo en el Lasalle le daba ventaja a cualquiera así el Padre Lostalé me dice tienes que ser generoso, Camilo, y como tú eres muy rápido debes darte cuenta de eso, y de sus piernas de potrillo y de que me llamen Potrillo en quinto grado y en sexto cuando me sentaba en el pupitre donde habían grabado *Pupilos pa* y hasta llegar a primer año del bachillerato y ese mocho le golpeaba la cintura como si fuera un montón de monedas o, mejor, un manajo de llaves. No monedas, no llaves y el estampido azulado que brotó entre sus dedos resonó allá al fondo -habría arcadas de un puente y por primera vez ese abanderado negro se detuvo.

-¡Alto he dicho o tiro al cuerpo!

Y como ese tipo estaba parado sobre uno de esos volcanes diminutos, Camilo avanzó: el revólver en la mano, la mano ahora caliente y sin dolor, el piso cubierto de granos probablemente de maíz porque crugían bajo sus botines y el Goyo.

-¿Me seguís?

-Sí, Camilito: aquí estoy.

Y cuando iban llegando cerca de ese abanderado fueron descubriendo que usaba una blusa oscura y de vez en cuando se pasaba la mano por la cara para alzarse un mechón.

—Es un pibe.

—Sí. Pero de ellos.

El Goyo alzó su carabina:

—¿Lo apunto?

—Sí: cubrime -dijo Camilo avanzando; a unos metros del montículo se detuvo- ¿Qué llevás ahí?

—Una bandera -dijo el muchacho.

—¿De qué?

El muchacho se levantó el mechón:

—Del Partido.

—¿Estabas en la huelga vos?

—Sí... Salimos en manifestación.

—¿Andás armado?

—No.

—¿Y por qué corrías cuando te?...

—No sabía quiénes eran.

Camilo se adelantó unos pasos y los yuyos crugieron. Como si pasara una culebra, pensó y tuvo un estremecimiento:

—¿Sos argentino vos?

—Sí. De Rosario.

—¿Del Rosario? -se adelantó el Goyo - ¿De qué parte?

—Sunchales.

—¡Pero si allí no está más que la estación y los quilombos!

Camilo carraspeó:

—¿Cómo te llamás?

—Finetti.

—¿Pero eso qué es? -terció de nuevo el Goyo- ¿Un apellido o?...

—Finetti -volvió a decir el muchacho.

Camilo hizo sonar los dedos. Dio un paso adelante, se pasó la mano por la cara: ese tajo todavía brillaba y ardía. Lo acarició con

la punta de la lengua, paladeó y después alzó la cabeza: el cielo parecía el humo de un volcán y ellos tres estaban en el borde del cráter. Finetti, murmuró, ese muchacho dijo algo parecido a Qué y él pensó Fideos, Sopa y Tengo hambre y a un costado esperaba el Goyo con la carabina preparada como si bruscamente fuese a saltar una liebre de entre esos matorrales. Sería una liebre muy veloz y cubierta de yeso: Entonces Camilo hizo sonar los dedos de nuevo y ese muchachito adelantó la barbilla:

-¿Sí?

-La bandera -señaló Camilo y como ése se demoraba o hacía como que no entendía y el Goyo se iba a meter a dar explicaciones apuró la cosa sacudiendo los dedos: una sacudida para que la pusiera en el suelo y dos para que le metiera qué tantas vueltas y tres para que se abriera, ahí, mijito, para mearla qué tanto, y cuatro para que se le parase encima y la dejara bien mojada y no hubiera dudas, y vamos, rápido, que aquí no hay mujeres, y otra vez con ese ruido seco y exigente para que el Goyo se quedara en paz.

-Déjame que se la corto...

-Terminála.

-De un tirito, Camilo.

Y otro chasquido para que no acabara tan rápido cuando ese muchachito se dio vuelta como avergonzado pero sin dejar de orinar y otro para que pisara encima como si fuese un caballo amasando barro con las patas y otro para que apretara más los pies pero sin desgarrar la tela y por fin una palmada como las del Padre Lostalé para que concluyera y se fuese y no apareciera más por ahí.

-¡Corré, atorrantito! -lo apuró el Goyo persiguiéndolo unos metros, recogiendo unos cascotes y tirándoselos.

Y cuando el Goyo después de detenerse encima del mismo cráter donde había estado esperando ese muchacho se volvió, Camilo hizo sonar los dedos de nuevo.

-¿Toda vía seguís con eso? -el Goyo lo miraba socarronamente-  
¿A quién estás llamando?

—A vos.

—Yo me llamo Larsen, mi querido. Gregorio Larsen y no Finetti.

—Me lo sé de memoria.

—¿Y entonces?

—Alzá eso.

—¿La bandera? -el Goyo tenía un gesto de repugnancia- Pero si está toda meada.

—Es un trofeo.

—¡Pero con un olor!

—Es un trofeo -insistió Camilo secamente.

El Goyo lo miró: Camilo, tieso, distante:

—¿Estás... estás loco?

—Es un trofeo -repitió Camilo y de nuevo sacudió los dedos.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*Yánale fruncía la nariz. Cuándo. Cada vez que el yeide volvía a ponerse su saquito de piyama. Los alamares los había bordado él entre charretera y charretera. “— Pero eso ya no se usa más, abuelo”...*

*Yánale se había afiliado a un grupo de Juventud, calle México al mil novecientos. No se cortó las trenzas. Yo se las tironeaba al salir para el Otto Krause. Ella había leído “Los últimos días de Pompeya”. Prefirió mudarse al entrepiso. Conoció a un “goy”. El padre era el dueño del bar “León”. El yeide a veces jugaba al billar.*

## VERANO

*El grupo Spartacus se ha sublevado y domina Berlín claman los titulares del martes siete. Y el calor subraya esa ola que crece: treinta y seis grados el lunes, treinta y seis y medio el martes y se anuncian treinta y siete para el miércoles. Las oficinas de La Protesta son des-  
trozadas por un grupo de guardias blancas: desmontan la imprenta, la sacan a la calle atándola a un carro de la municipalidad y la*

arrastran por el empedrado. *Me miran todos de manera que me exaspera. ¿Tendré, Días mío, cara de ruso?* versifica burlescamente Caras y Caretas. Dos pelotones de guardias blancas balean una sinagoga en la calle Azcuénaga. En un grupo de la colectividad se discute la situación; prevalece el criterio del talabartero Pablo Zaid: que se mantenga la calma. *Siguen la alarma y el tiroteo. Gritos, carreras. ¿De qué se trata? ¡Pum! ¡Pum! -escucho-. ¡Pum! ¡Pum! ¡Qué cosa tan fastidiosa!*, prosigue la revista fundada por Fray Mocho. En una garita de la avenida de Mayo atan un busto de Jean Jaurés destrozado a medias; sobre la cara le han escrito Por ruso.

## QUÉ YUNTA

Habían ido a varios lados con la bandera. Por supuesto, después de dormir a la noche en el auto, de cambiarla de posición varias veces, sobre la rueda de auxilio, en la punta del motor, hasta depositarla entre los dos como una reliquia antigua e incómoda. Eso, hasta la mañana, en que Camilo propuso llevarla a lo de Delfina para ofrendársela, explicó. Pero el Goyo se negó: Eso no corresponde, dijo. Después, al Círculo Naval: Camilo se adelantó a explicar de qué se trataba, un oficial lo atendió mirando hacia el Goyo, que permanecía en la puerta con ese trofeo, con cierto aire marcial aunque indeciso, trató de pensar pero evidentemente no se le ocurría nada y alzó los hombros proponiéndoles otro lugar: Aquí solamente tenemos las de Brown. Y la cosa siguió: En el Museo ustedes están locos, en la Catedral se van a reír a carcajadas aunque se tapen la boca con la mano. Por qué no la llevan a Granaderos. Pero allí los recibió ese teniente que se paseó alrededor de Camilo mientras le explicaban qué era lo que llevaba el Goyo Larsen, una bandera envuelta, roja, por supuesto y cómo la habían ganado: Una patrulla volante, porque eran varios los del grupo ése de anarquistas y ellos dos habían pensado llamar a otra gente pero como ya se hacía de noche y no era cuestión de dejarlos escapar.

-¿Hubo algún muerto?

-No. Ninguno. Como no llevaban armas pensamos que no era necesario.

-¿Y abandonaron la bandera?

-Sí. Cuando corrieron.

Y el teniente siguió girando en torno a Camilo mientras el interrogatorio proseguía, algunos soldados empezaron a rodearlos y un sargento que se acariciaba los bigotes pero sin sonreír aunque Camilo trataba de no impacientarse y de no mirar a ese jinete (que en el picadero hacía girar su caballo, lo trotaba hasta el fondo, le palmeaba el cogote brillante y por fin lo largaba a saltar esas vallas) y aunque tuviera que volver a contar desde el principio si la cosa no se entendía bien o no había estado muy claro.

-¡Sargento Correa!

-¡Ordene, mi teniente!

El oficial se dirigía al sargento que dejó de sobarse los bigotes:

-¿A usted qué le parece?

-¿Dónde la guardan, mi teniente?

-Sí.

El sargento empezó a levantar la mano:

-No vale la pena -se contuvo sin acariciarse - Que la quemem.

-Sí. Después. Sin duda. Pero puede ser útil para mostrar a la gente que está en combate.

-No sé -tartamudeó el sargento- Al Tiro Federal, entonces.

-Sí; ahí es donde se están preparando los voluntarios.

Y los dos entraron a ese enorme edificio y caminaron por el corredor, Camilo adelante y el Goyo detrás cargando con esa bandera envuelta que provocaba que muchos se dieran vuelta y otros preguntaran mientras allá, contra un paredón, estallaban unos disparos secos y a un costado un pelotón hacía orden cerrado con firme y descanso y otro apuntando sus fusiles sobre unos caballetes con unas diminutas bolsas de arena. Pero ahora fue el Goyo quien le pidió hacerse cargo del asunto un poco porque Camilo había

fracasado las otras veces y otro poco porque sudaba con ese enorme lanzón que no había resultado tan liso como le pareció al principio.

—¿Estás cansado?

—No. Pero quiero arreglar de una vez.

Camilo lo dejó avanzar mientras en esos compartimentos resonaban sordamente los disparos y contemplaba un blanco de cartón metido en una vitrina que exhibía una serie de agujeros alrededor del centro, un apellido a un costado y una fecha *P. Riccheri, 1902*, y los que apuntaban los fusiles sobre esos caballetes parecían agrimensores, se dijo, sobre todo cuando los iban empuñando con cautela y con un ojo cerrado. Agrimensores, se repitió y se quedó conforme. Y Goyo que marchaba hacia el fondo con esa manera de caminar de quien acaba de bajar de un caballo como cuando en Lavallol era el primero en salir de ese rancho de don Severo y él espera junto a la puerta mientras Federico está adentro y él escucha a esa muchachita que se ríe porque Federico siempre quiere quedarse más tiempo para Contarte cosas, según dice y aprovechar más el tiempo, y para embromarme a mí que soy el último, pero en realidad Federico tarda demasiado y no hay derecho aunque esa muchachita medio le pertenezca a él o a la estancia de la madre y los otros dos sólo estén de visita y medio cortados porque Delfina los vio salir para el rancho y una vez le gritó al ayudarla a subir a su potranca y otra, con Federico, cuchichean algo y esconden unas fotografías sin decirle por qué aunque él pregunta muchas veces sin querer rogar pero haciéndolo hasta que aparece Goyo con unos vasos de granadina y sin la bandera.

—¿Arreglaste?

El Goyo se sacudió afirmativamente. Al final del pasillo alguien ordenó ¡Alto el fuego! y en cada uno de esos compartimentos fueron repitiendo Alto el fuego y El fuego y Fuego aunque algunos disparos aislados resonaron todavía. Se marcó un silencio impregnado de ese olor. Acre, pensó Camilo y se volvió a confirmar. Un cabo hizo una carrera desde una punta a la otra del corredor y

allá al fondo se cuadró solo, como si fuera a tocar el clarín y anunció ¡Orden cumplida, mi teniente! En el otro extremo del polígono, delante de ese paredón pero un poco más aquí, asomó la cabeza de un soldado, oteó un rato, Dele, le gritaron y sacó el pecho apoyando las manos en una trinchera de bolsas y tironeó hacia abajo: allí estaba la bandera. Calculó un momento hasta que la clavó en la tierra y quedó erguida. Ya estaba. Alzó el brazo y marcó unos círculos en el aire. La bandera permaneció lacia, pero después se fue desplegando: era un rectángulo oscuro delante de un paredón y se batía con desgano.

## VERANO

La página de Vida Social informa desde Mar del Plata *en la reunión realizada en lo de Luro vimos a un grupo selecto de niñas ofreciendo delicados bouquets a total beneficio del Colegio del Sagrado Corazón*. Joaquín S. de Anchorena también empieza a organizar la gente de la Liga Patriótica Argentina; en los depósitos de Vasena logran rodear a uno de los dirigentes, Castel, que saca su cuchillo y los encara. *El gobierno está en el deber de conjurar esta situación que perjudica los intereses del país* clama La Prensa. La Bolsa de Comercio abre una suscripción para allegar fondos destinados a un premio que otorgará la Liga Patriótica Argentina. En la calle Pepirí un piquete del Escuadrón de Seguridad es baleado desde las azoteas del barrio; varios policías entran a una casa de inquilinato y reclaman la presencia del encargado, Domingo Decuore; interrogado se niega a suministrar información; a la tarde, su cuerpo aparece en el pozo del aljibe seco de la vivienda. Otro piquete del Escuadrón es baleado en Cochabamba y Urquiza. Dos muertos. *La nueva generación: ha salido a la calle a defender nuestras tradiciones* (La Nación).

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*A mí me pusieron Saúl. El yeide se opuso a que mi nombre fuera Salomón. Yo llegué a decirle “-Gracias, abuelo”, sobre todo cuando empecé a trabajar en la administración de la fábrica sobre el Riachuelo. Yo no era contador, pero tenía un sueldo más que decente. Y buena letra. Yánale se había puesto de novia con el hijo del dueño del bar “León”. El yeide a veces, a solas, jugaba al billar.*

## QUÉ YUNTA

Dejaron el auto en la puerta de ese corralón y enderezaron hacia los talleres: eran unos galpones largos y grises que se recortaban con un aspecto de estación de campo.

-¿Estás seguro que es por ahí? -Camilo se abotonaba el saco.

-Después de las vías ¿las ves?

-Sí.

-Dos cuadras más -el Goyo alargaba el paso para no quedar atrás- Por lo menos, fue lo que informaron en el Círculo.

-¿Y allí cómo lo saben?

-Es donde centralizan los partes, Camilito.

-Los partes, los partes -resopló Camilo- Los alcahuetes querrás decir -la policia vivía de los soplones. Eso lo sabía todo el mundo: a él se lo había dicho veinte veces la Cleo y lo repetía cualquiera que conociera un poco la noche. Pero que los marinos, que la gente del ejército empezara a organizar todo para parar una huelga con chismosos que pasaban un papelito o llamaban por teléfono disimulando la voz o por medía de una vieja que se estaba las horas en las escaleras de Constitución, era inadmisibile. La represión se ensuciaba de esa manera, y el ejército y la gente del almirante y lo mejor que tenía el país. Ya no hay ideales, pensó. Ideales se repitió mientras advertía que el Goyo Larsen se había detenido para atarse los cordones de esos zapatos blancos y negros. Y después de Ideales

se le ocurrió la palabra Manoseo que era una cosa que repetía el Padre Lostalé con energía aunque pareciera cuchichear mientras se oprimía los dedos sobre las comisuras de los labios.

-¿Se te rompió un cordón? -se detuvo, con impaciencia.

-Sí, Camilito. Perdonáme.

Y mientras el Goyo se apuraba para terminar con ese nudo como si se despegara una costra de barro de la suela y después avanzara rengueando un poco pero sonriente e inseguro apareció la palabra Bastardo: era Bastardo resolver una situación como la que estaba pasando la ciudad y el país, sí, señores, echando mano de alcahuetes, viejas limosneras y cuchicheos telefónicos.

-¿Oíste? -el Goyo se había detenido y lo tomaba del saco.

-¿Que cosa.

-Tiros.

Los dos se quedaron en suspenso: un poco de brisa caliente, un gallo que se quebraba por allá lejos. -¿En serio que no oíste?

-No. Nada.

Volvieron a avanzar por esa cortada; iban por el centro de la calle el Goyo con su carabina terciada y Camilo toqueteándose el bolsillo de vez en cuando: Bastardo era una palabra insolente porque le sonaba a torneos, algún rey medieval y guantazos. Era un insulto que se dejaba caer desdeñosamente pero que restallaba como un sopapo. Densa pero ágil e insolente: así tendría que ser la represión y de esa manera hubiera tenido que actuar la gente del almirante. Y no como cazadores de perdices en campo ajeno.

-¡Ahora sí! -lo sacudió el Goyo.

-¿Qué, hombre?

-Los tiros.

Cierto: muy lejos, allá en Pompeya, pero no eran disparos aislados sino ráfagas.

-¿Ametralladoras?

-Sí -aprobó el Goyo después de un momento- Le están metiendo con todo.

Escucharon un poco más: esas ráfagas lejanas proseguían. Alguien parecía rayar el aire del otro lado de los galpones: una especie de flauta de afilador veloz y filosa: dos, tres, cinco veces. Sobre los labios, contra los dientes, bajarle los dientes a éstos que querían meterse en todo.

—¿Vos crees que van a pasar por aquí? -el Goyo controlaba su reloj.

—¿Cinco minutos te dijeron?

—Sí: cinco.

—Perfecto -asintió Camilo- Esperamos un rato y después volvemos.

El Goyo le sonrió con una sonrisa blanda, Camilo se quitó el rancho y se pasó el pañuelo por la frente, respiró muy hondo, Madreselvas, un olor dulzón, sintió como si le aceitaran la nuca y pensó Buen barrio para quilombos, por un momento recordó el cuerpo de Cleo cuando la descubría echada sobre el pecho: un lunar como un aeroplano sobre el hombro, una ciruela desdibujada en la cintura y esa mancha oscura. Todo ese cuerpo era una mancha oscura sobre la alfombra: pensar en una mancha, echarse encima y convertirse en un borrón. Pero volvió a oler la madreselva y esa imagen le resultó inquietante Porque otra vez que los encuentre con libros como éste la hago llamar a tu madre y le exijo que te lleve, y como siempre el Padre Lostalé se pasa los dedos por la comisura de los labios.

—¿Te gusta?

El Goyo que se había sentado en el cordón de la vereda se volvió apenas:

—¿Qué? -parpadeó.

—La cortada -dijo Camilo señalando esa callecita que por tramos se angostaba con las enredaderas que caían desde los paredones.

—Olor a gato -se frunció el Goyo.

—Pero además de eso, animal.

El Goyo se encogió de hombros:

—No me gustan los barrios.

—¿Por?

—La gente... No le encuentro la cara conocida. No sé. No se parecen a nadie. Me dan miedo.

—¿Cómo decís?

—Miedo.

—Ah -dijo Camilo y se recostó contra el paredón: Lavallol, la quinta de Lavallol, su madre que salía poco o doña Ursula que salía los mediodías manejando el breck tirado por un zaino y un tordillo rabón o con su sombrilla azul y la cara anaranjada y sus botinas enérgicas: Se debe estar haciendo viejo -lo saluda desde lejos al padre de Goyo-, va demasiado a misa. Ahí Lezama tenía la misma cara o, por lo menos, la nariz idéntica a su padre y a don Hilarión que era su abuelo, y a los Gramajo se los conocía de lejos por las piernas combadas, y en esa esquina brillaba la casa de los Kehr que cada verano pintaban de verde, y dando la vuelta el corralón y las ventanas de lo de Arrieta. Allí, siempre, iguales a sí mismos, sobre cada uno se había ido depositando el polvo de las calles, un angelote de piedra y los álamos y la sonrisa fatigada de los Caamaño designados sepultureros desde la gobernación de Tejedor, varias canciones, el mismo temporal de Santa Rosa, sucesivos párrocos y alguna infamia de versiones contradictorias y todos los saludaban que Cuánto te falta para terminar la carrera, Camilo o Así que te crecieron los días, Camilito. Allí todos ayudaban a vivir aunque espieran y vivir en un pueblo era no sentir miedo aunque algo de aburrimiento.

—¿No te hace acordar a Lavallol?

El Goyo acariciaba su carabina.

—¿Qué? -señaló- ¿Esta calle?

—Sí.

—Vos estás loco.

El Goyo, ahí, sentado en el cordón de la vereda con la carabina entre las piernas: parecía un cazador fatigado. También parecía que

estuviera ojeando el campo: nada por allá, nada por el otro lado, las ráfagas de ametralladora se habían dejado de escuchar, la brisa le agitaba el pelo, un papel avanzaba dando vueltas por el medio de la calle. Nada; no había caza.

—¿Ya es la hora?

El Goyo consultó su reloj:

—No. Falta un minuto.

El Goyo y él: en Lavallol, en el Lasalle y también en la Facultad. Lástima que Goyo no tenga una hermanita, le dice la madre. Y esa mujer se da vuelta y busca algo en el bolsillo. Lavallol, en un rincón de la bóveda de los Larsen hay una especie de pirámide con volutas *Mercedes -1899-1903*.

—¿Ya es la hora?

—Sí -el Goyo se puso de pie- Ahora sí.

—Y no pasó ni un alma.

—Qué van a pasar -Goyo se sacudía los pantalones- Se han dado cuenta que ahora no se juega.

Y los dos volvieron caminando por la cortada invadida a medias por las enredaderas: daban ganas de pasarle la mano por encima como si fueran animales mansos y adormecidos y Camilo las fue palmeando como si las tranquilizara, arrancando una hoja, volviendo a pensar en Lavallol y en el viejo Larsen que me repite Hay que volver al campo, Camilito: esto no se aguanta más, se viene abajo y el alazán de Delfina casi rojo sobre la alfalfa, su fusta, una pulsera de Argelia que tintineaba y las enormes parvas amarillas.

El Goyo se señalaba la garganta:

—¿No tenés sed?

—Me muero.

—¿No tomarías algo?

Camilo hizo un vago gesto en el aire:

—¿Y por aquí? ¿Dónde?

-No sé... -Goyo seguía mirando en las bocacalles con su gesto de cazador; sudaba y parecía desalentado - Habrá que llegar al centro.

-¿Trotamos? -lo apuró Camilo.

-Sí -obedeció el Goyo y los dos corrieron por ese adoquinado desaparejo.

-¿Una cerveza? -iba preguntando Camilo.

-¡Una cerveza así! - midió el Goyo con su carabina- ¡Como las de la pileta Balcarce!

-¿Te zambullirías adentro?

-¡Como un loco!

Pasaron por delante de ese paredón y antes de doblar en la esquina el Goyo apretó el timbre de un portón cerrado y en la otra cuadra Camilo empezó a correr dejándolo atrás pese a que el Goyo le rogaba que no lo abandonara, en ese barrio y sin cerveza Y al dar la vuelta los gritos seguían y la distancia que le había sacado era como de media cuadra.

-¡Mirá qué caballos! -se detuvo Camilo y le hizo señas para que se le pusiera a la par: una tropilla avanzaba por esa calle de tierra, casi todos iban al paso pero en la punta se destacaba un zaino que giraba con un aire trastornado envuelto en una nube de polvo.

-¿Lo paramos? -propuso Camilo.

-¡Dale!

Y los dos avanzaron hacia esa tropilla que medio se detuvo y empezó a recular sobre todo los del fondo cubiertos de castrones de barro y Deben ser de algún horno y subiendo a los veredones de ladrillos o relinchando mientras Camilo y el Goyo avanzaban con los brazos aleteando y Chito, chito zaino y lo iban separando a ese único animal que se destacaba por su mirada ansiosa y su cabeza más chica y como aterrada. Chito, zaino, y alguno relinchó y el grueso de la tropilla se les cruzó por delante y escapó hacia el fondo mientras el zaino se iba arrinconando sobre un portón con los ojos cada vez más agrandados pero impotente y como indeciso

por abalanzarse y largarse a correr. Chito, zaino, y Camilo fue el primero que se le puso al lado y lo fue palmeando en el lomo sudado y acariciándole el pescuezo hasta amasarle la cabeza suave, tranquilizadamente.

-¿Subís? -le propuso al Goyo.

El Goyo midió ese animal demasiado alto y lo tocó un poco para que se bajara del veredón.

-¿Te ayudo? -le propuso Camilo.

El Goyo lo miró por sobre el hombro:

-Rajá -dijo; se agarró de las crines, giró un poco hacia atrás, encogió apenas el cuerpo, pegó un salto y quedó sentado allá arriba - ¿Y vos? -se sonrió.

Camilo se acomodó el rancho, se toqueteó el Smith-Wesson. Todo en su lugar. Ponéte en medio de la calle, dijo de paso, y mientras el Goyo maniobraba con ese animal caminó unos pasos hacia el fondo y por detrás: ahí se tomó de la cintura soliviantándose un poco como si fuera a correr una carrera. ¡Va! anunció bruscamente, corrió unos trancos muy abiertos, saltó apoyando las manos en el anca del caballo y quedó firme, muy pegado a las espaldas del Goyo.

-¿Y ahora? -le hundió un dedo en el hombro.

-¡A tomar la casa de gobierno!

-¿Imponemos condiciones?

-¡Y sin garantías!

El Goyo diestramente hizo avanzar al zaino que primero trotó y después fue apurando la marcha por esa calle de tierra, y entre los gritos de Apúrelo y No es malo el potrillo galoparon, dieron varias vueltas y hasta lo obligaron a caracolear y a subir por ese veredón para poder golpear con la mano una insignia de lata donde se leía Agar Cross & Cía. y volver a bajar por el terraplén empinado.

-¿Y ésto? -al doblar el último recodo estaba el auto: las ruedas apuntando al cielo y el chasis a medias carbonizado.

## VERANO

El miércoles ocho el proceso culmina: guardias blancas sumadas al Escuadrón atacan en Nueva Pompeya y los huelguistas responden con violencia. En Puente Alsina hay cinco muertos, treinta heridos y se anuncia el velatorio para la noche. Por sugestión de Yrigoyen, Alfredo Vasena acepta entrevistarse con una delegación de siete huelguistas avalados por la presencia del doctor Unsain del Departamento del Trabajo. En el puerto el desembarco de los marítimos que apoyan la huelga provoca la reacción de los armadores ingleses que anuncian su paulatino desinterés por una plaza tan soliviantada: después del final de la guerra su necesidad de productos agropecuarios puede resolverse en otros mercados más apacibles. Marineros en huelga, estibadores en huelga, barcos ingleses vacíos, empresas toman medidas, no ventas de los ganaderos y acopiadores, posible cierre de los frigoríficos. *Es la débâcle* se queja La Prensa. El ejército se hace cargo de la situación.

## QUÉ YUNTA

Habían emplazado un cañón en la bocacalle y los dos se fueron acercando.

—¿Estás muy cansado? -se volvió Camilo. El Goyo parpadeó dejando de lamer su helado:

—No -dijo.

—Entonces, hacéme el favor de no arrastrar los pies.

Un cañón y ese soldado que le hacía bajar la mirilla girando una manivela: ya era una máquina la que manejaba ese hombre y la boca negra apuntaba en dirección a los galpones. Un cañón era la guerra. La cosa ahora sí va en serio, pensó Camilo: no fusiles, no desgarramientos de ametralladoras. Esas eran armas mariconas con una voz de falsete; el cañón, en cambio, era lejano, rotundo y se vendrían abajo las paredes y los vidrios temblarían con cada

ronquido. Un pesado matador macho que hacía la guerra desentendiéndose de los hombres uno a uno. Era un trueno haciendo la guerra, calculó, pero no se quedó conforme. Era la naturaleza matando. Eso estaba mejor. Me gustaría ser cañón.

—Ahora sí que va en serio la cosa -murmuró.

—¿Qué? -Goyo se había puesto la carabina en banderola y seguía lamiendo su helado.

—Que esto sí que es el ejército en serio.

—Cierto.

—La artillería realmente es el ejército.

—Sí, sí -y las lamidas proseguían.

—El ejército mecanizado, moderno.

—Claro, sí.

Un oficial había aparecido y daba órdenes; se movía con tiesura y de vez en cuando se tironeaba de ese cuello tan cerrado: -¡De a dos! ordenó hacia un pelotón de soldados. Hubo un pequeño revuelo, alguien tropezó sobre unas latas y dos soldados corrieron hacia el cañón urgiendo a esos muchachitos que habían formado un círculo, Aire, aire, que muerde. El oficial juntó los tacos y alzó los prismáticos. Hubo una pausa. El Goyo miraba como fascinado y de su helado goteaban unos puntos marrones. ¡Posición! si-seó brevemente el oficial. Uno de los soldados doblados con ese enorme cilindro metálico se arrodilló. ¡Carguen! Hubo un ruido de engranajes, un círculo de bronce brilló bajo el sol, un entrecruzamiento de manos y un top seco. ¡Listos! Los soldados arrodillados agacharon la cabeza- rígidamente, en un esfuerzo concentrado. ¡Fuego! Un bramido, las ruedas retrocedieron como un resorte, una voluta amarillenta en la boca negra y allá adelante, en el paredón de los galpones una nube terrosa, un estruendo, una lenta grieta en zigzag y una especie de pesado manto que se desmoronaba.

—Sí -aprobó el oficial, bajó los prismáticos y estiró los labios como si silbase en silencio -Sí- se repitió.

Los muchachitos que contemplaban el cañón desde el costado aplaudieron. Uno de los soldados con la cara emblanquecida cabeceaba pesadamente como si agradeciera: era un payaso solemne y vacilante en medio de una pista de tierra. Camilo y Goyo se miraron; los dos tenían los ojos brillantes y se abrazaron,

-¿Te manché? -tartamudeó el Goyo.

Camilo se miró el traje:

-Un poquito -sonrió- Pero no te preocupes.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*La cuarta de las hijas de don Luys: Esther. Mi madre y de Yánale. Nació en el Hotel de Inmigrantes. Curioso: un 29 de febrero. Doña Sarah murió a la semana. No tengo abuela. El yeide la enterró en Liniers. Una foto: tenía canas y se peinaba con bandós.*

## VERANO

El jueves nueve los huelguistas detienen tranvías de la Anglo y de Lacroze; numerosas comisiones recorren la ciudad exigiendo el cierre de los comercios. El ingeniero en jefe de la compañía Anglo pide garantías a Yrigoyen. Pasado el mediodía todo está parado; ya no son solamente los barrios de Nueva Pompeya y Boedo, sino la ciudad entera: las cortinas bajas, las plazas desiertas y una brisa arenosa que sopla por las calles. Treinta y ocho grados. El subterráneo de Plaza Mayo a Caballito ha cerrado sus puertas. Apenas si algunos empleados de Harrod's y La Ciudad de Londres buscan donde almorzar por el centro. *Creo que es hora de comer algo. ¿Siento apetito? No, siento un hambre devorador* prosigue el personaje cómico de Caras y Caretas. *Después de mucho correr en vano llego a un negocio y ¡algo se pesca!* Alfredo Vasena se ha reunido con el directorio de la fábrica: Arthur J. Pruden y Charles Lockwort son súbditos británicos y piden garantías al representante de Su Majestad. La reacción

es inmediata: *Una banda de doscientos chicuelos apedrea la fábrica* denuncia el diario. En la puerta de la calle Barcala se provoca un comienzo de incendio y el jefe de bomberos coronel Graneros decide actuar, pero un intenso tiroteo detiene a sus hombres. Yrigoyen convoca al ministro del interior y al de guerra: Ramón Gómez es partidario de una acción enérgica, Elpidio González prefiere agotar los recursos conciliatorios. Sin embargo se decide reforzar las comisarías y ampliar el apoyo del ejército. La Asociación del Trabajo encabezada por Pedro Christophersen y Atilio Dell’Oro aplaude la medida.

## QUÉ YUNTA

—¡Están atropellando a unas mujeres! -anunció el Goyo.

Camilo se crispó:

—¿Dónde?

—Frente al Kiosco.

Los dos corrieron entre los árboles: se tiran sobre mí, rompen y entran y hacen lo que les da la gana. Pararlos, hay que pararlos, sino invaden todo y desgarran cualquier cosa. Tela, templo, mi carne y Hay que descubrirse al entrar a la capilla. Sí, Padre Lostalé.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro... cinco -jadeó el Goyo.

—¿Y ellas?

—Creo que dos.

Los que avanzaban tenían boca y manos, el resto del cuerpo no interesaba: morder, desgarrar, pegar tarascones. Y meterse. Pero eso con la parte de abajo del cuerpo. La parte animal del cuerpo humano. Sí, Padre Lostalé juntando las manos con unción. Lo bajuno del hombre. Y bajuno, vacuno y toruno eran palabras que mezclaban, qué sé yo, bosta y orines. Lo único innoble del campo, Padre.

—¿Andan de cuchillo?

—Seguro que sí.

Allí nomás todavía se balanceaban las luces del patio aunque ya había dejado de sonar la música y si éstos se echaban encima, no había que dejarlos acercarse. Tirar y de lejos porque en el cuerpo a cuerpo un tipo de cuchillo lleva ventaja: aún con mala puntería, siempre tajea. Y si me hacen un tajo también me abren y se meten dentro.

—Ahí están -se había detenido el Goyo.

Camilo los vio al fondo del patio: eran cuatro tipos y empujaban a dos mujeres; una de ellas parecía llorar a reírse, sería de los nervios, y alzaba los brazos en el aire.

—¿Pero qué son éstos?

—Compadres- dijo el Goyo con naturalidad.

—Pero yo creí que eran...

—Es lo mismo, Camilito.

Cierto: si hasta a veces tenían una ropa igual y venían de los mismos barrios. Con humo y olor y avanzaban sobre el centro. Bocas, manos ávidas y cuchillas. A pararlos.

—¿Qué pasa aquí? -avanzó sobre la claridad del patio.

—¿Y a usted qué le importa? -se dio vuelta uno de faja.

Camilo se apoyó la mano sobre el bolsillo, con un pie atrás, tomando distancia y dando tiempo a que esos entendieran quién era él y en qué andaba. Una especie de rígido paso de tango provocador y pausado.

—¿Y las señoras? -señaló.

—Ellas vienen con nosotros.

Pero como la que estaba en la sombra, apoyada contra el cerco de ligustro parecía quejarse como si algo le fastidiara, sacó el revólver pero no rápidamente. Algo así como si mostrara el reloj si un chico o alguien humilde le pedía la hora en la calle:

—No, joda, compañero -anunció.

Y si bien otro de los del grupo se había cortado por entre las mesas de hierro junto a una que tembló y a otra cubierta con un mantel a cuadros pero que se sacudía con el viento, él sintió que el

Goyo ya estaba a sus espaldas y el Goyo sería medio espeso y casi nunca lo tomaban en serio, especialmente entre señoras, y lo que usted quiera, pero cuando se ponía duro se las aguantaba todas.

–Dejen a las señoras -murmuró como si hiciera a alguien a un lado.

–¡Pero si están con nosotros! -gritó uno del fondo.

–Dejen a las señoras, por favor.

Hubo un silencio, el tipo de la faja le miraba la mano, pero para ser más preciso: los dedos, sobre todo el índice, se sacó algo de los labios que pudo ser un carozo o un pelo, calculó, contempló el cielo y la noche y, por fin, abrió los brazos como si mostrara sus naipes. Así comenzamos a entendernos, dijo Camilo. Pero en ese momento, la que estaba en la sombra del ligustro avanzó entre las mesas y acomodándose el sombrero. Qué imbécil, qué tonto de capirote venía diciendo, y cuando estuvo a unos pasos, apoyando las manos enguantadas en los hombros del tipo de la faja le gritó desde ahí Qué tenés que meterte en estas cosas.

Camilo conocía esa voz y dijo

–¿Cómo?

–Que qué tenés que meterte -y esa mujer con velo avanzaba.

–Pero vos...-vaciló y medio se volvió hacia el Goyo como para consultarlo.

–Sí -dijo ella y Camilo le fue descubriendo, esos enormes ojos pintados y una boca dura pero húmeda y su cara de San Luis Gonzaga.

–Federico -murmuró.

–Sí -y esa boca se entreabría.

–Pero sos... sos un marica.

–¿Y vos?

–Marica -volvió a susurrar Camilo- Un marica.

Federico lo miraba con condescendencia:

–Y vos -se sonrió- que te llamás Pizarro de casualidad.

–¿Cómo decís?

—Que sí -la boca de Federico hizo un mohín- Que sos un guacho. Y que todo el mundo lo sabe.

## VERANO

El entierro de los muertos del día anterior se convierte en un funeral cívico: el gigantesco cortejo sale de la calle Alcorta al tres mil cuatrocientos llevando a pulso los ataúdes cubiertos con banderas rojas; el consejo de huelga marcha al frente en un Ford abierto. Avanzan a lo largo de la avenida Sáenz, siguen por Boedo, toman por Rivadavia y desembocan en Corrientes. Al cruzar por Yatay frente a la iglesia de Jesús Sacramentado incendiada a medias, tropas de marinería hacen una descarga, caen varios muertos y la columna se dispersa. Apenas unos trescientos logran llegar a Chacarita. En el cementerio, mientras habla el anarquista Luis Bernard las tropas atacan nuevamente: muchos tienen que atrincherarse en las tumbas recién abiertas; la mayoría es obligada a salir por los fondos de Elcano y los ataúdes quedan sin enterrar. A la noche, reunido el consejo general de la FORA asume la dirección del movimiento. *La ciudad bajo el imperio de la huelga general* gimen los titulares.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*La Yánale se había comprado un camión negro y transparente. El bar "León". Ella siempre se ocupaba de pasarle una franela al samovar. Yeide ¿se va a jugarle una partidita a Guerchu?*

## QUÉ YUNTA

Ser guacho era peor que ser cornudo, porque si la mujer de uno o de cualquiera es una grandísima yegua, uno se separa o se manda mudar a cualquier parte y a otra cosa. Incluso, uno puede darse el gusto de cagarla a patadas, de largarla en cueros a la calle

o de meterle un tiro al tipo si mal no viene. Claro, también ahí está la gente: pero una vez que uno la deja en casa de los padres o de un hermano que sea más o menos amigo y tenga vergüenza, la gente puede llegar a ponerse de parte de uno. Sobre todo si hace correr la bola que se encamaba delante de los hijos o con algún amigo o varios. O batirse: el pecho desnudo, de madrugada, dos padrinos a cada lado y alguien sombrío que dé una orden y varias palmadas. Un tajo en el hombro. No, nadie lo ve. Arriba y a la cara. ¿Cornudo? Sí. Pero mirá cómo quedó el otro. Y los cuernos son como los dientes, duelen al salir pero después se caen. Y un costurón en la jeta se nota hasta que te dejan de perfil en un cajón. Un hachazo bien dado, seco y preciso y Camilo cortajeó el aire con el brazo.

—¿Qué te pasa, Camilito? -trotaba Goyo a sus espaldas.

—Nada, nada.

Aunque en los últimos tiempos un cornudo, como al fin de cuentas pertenecía al mismo grupo que se los metía con la mujer, se encogía de hombros y decía Todo queda en familia. ¿O los que tienen nombre y apellido en este país no forman una sola familia acaso? El conocía a varios. No batirse y mucho menos meterse un tiro en el mate. ¿Cuernos y una bala adentro? Demasiado peso, Camilito, y hay que tener la cabeza liviana. Y hasta podía vengarse tirándosela a la mujer del otro si llegaba a enterarse. O, por lo menos, hacer decir por ahí que se la comía como un dios. Un dios, nombre y apellido. Pero yo no tengo apellido. Guacho, guacho y con los ojos calientes.

—¿No me decís qué te pasa? -seguía gimiendo Goyo.

—Ya te dije que nada -y siguió avanzando por ese camino que desembocaba en una gran extensión plateada: era el río, de allí venía fresco y olor a barro y podía patear todos los cascotes que quisiera.

Claro, ser cornudo hacía reír; sobre todo risitas y en voz baja, sin carcajadas. Hacía reír en los ojos y los codazos: Ese, Ese que entra, Ahí va y No sabe nada y Qué cuernos para hacer una percha.

Pero si yo mismo lo hice: en la pileta Balcarce y en la Facultad con el viejo Bugra que apenas si se animaba a borrar el pizarrón. Binomios, un ciervo, la tiza azul y ese pobre tipo que apoyaba la frente en la ventana y se quedaba contemplando la calle Perú con los ojos muertos. Eso: los ojos. Y sobre todo cuando uno estaba de espaldas y no podía controlar ese movimiento de los labios o el brillo socarrón de la mirada. No. Si no era tan fácil ser cornudo. Aunque fuera mucho menos jodido que ser guacho. Cornudo: tener de más; guacho: no tener. Así que sos guacho, Camilo. Qué pena, cuánto lo siento. Pizarro de casualidad, mijito.

-¡Y que me lo haya dicho ese marica!

-¿Qué hacés? -se alarmó el Goyo.

-Nada. Pateo -y rompo y lo deshago a ese manflorón inmundo.

-Pero te vas a lastimar.

-¿Lastimar? -por un momento lo miró al Goyo que pareció encoger el cuello como una lechuza bajo la luna - Qué carajo me importa.

Porque guacho significaba no ser, Camilo, ya no que se rieran los del mismo grupo. Nada, ni verlo, sin cuerpo, como si no existiera. Porque si uno es socio del Círculo de Armas y cornudo, un carrero de Pompeya no se va a enterar de lo que tiene en la frente. Y menos a reírse. Sino que seguirá diciéndole Señor o Doctor o lo que uno sea. Pero si a uno le gritan guacho en la cara. Y peor que gritarlo, acercárselo despacito a la nariz como para que lo oliera, para untarle la trompa: Olé, guachito. Oléte. Basura, basurita, caquita, Camilito. Y más un marica que es lo mismo que se lo dijera una mujer porque uno no puede romperle la jeta ni meterle un tiro. Huela, borreguito. Que quiere decir que no tiene padre ni papá, ni perro que lo ladre. Y usted aquí no entra, Ingeniero guachito, novio delfinito. No y no. Guaquita. Y sobre todo que haya sido ese marica que para colmo disfrazado de mujer tiene la misma cara de Delfina puto indecoroso que desde chico, sí, se hace romper el culo por cinco tipos. Y mi madre silenciosa y la Ursula de ellos

zambulléndose en el mar y lo mato marica de mierda, marica puto, no Delfinita.

-¿Qué hacés?

-Dejáme -se lo sacó de encima- ¡Dejáme, te digo! -y con el revólver apuntaba y tiraba contra los árboles, las ramas, el cielo negro y ese letrero del ferrocarril para que desaparecieran o se hiciesen tiras- ¡Dejáme, carajo! -pero el Goyo lo había agarrado de la mano y tironeaba y por un momento los dos rodaron por el suelo jadeando y mezclando el sudor y los dedos y el primero en levantarse fue Camilo que le dio unas patadas a ese gordo con cara de elefante Qué vas a entender y Metido de miércoles, pero el Goyo ya tenía el revólver en la mano y se secaba algo en el pasto.

-Tranquilo, Camilo -susurró- Tenés que calmarte.

-Pero es que...

-Calmáte, viejo.

Pero es que tengo que cagarlo. Entendéme -y Camilo medio se arrodilló junto al Goyo, viejo querido, Goyito de Lavallol, mi viejo y las parvas que estudiamos juntos en el Lasalle con el Padre Lostalé y la letra apleton en quinto y en sexto también y te he conseguido minas cuando vos no te animabas y muchas cosas más y se cubrió la cara y apoyó la cara contra el hombro de ese gordo que lo dejó hacer murmurando Camilo, Camilito, como si fuera un potro caliente y con la boca llena de saliva y hasta le puso la mano sobre el cuello, en la nuca doblada, y le preguntó ¿Estás mejor, hermano? Ponéte bueno. Por favor. No te puedo ver así. Pero Camilo seguía llorando.

## VERANO

Las puertas de la Casa Rosada que dan sobre Plaza de Mayo son clausuradas y cuando Vasena nuevamente pide protección ya son veinte mil los obreros que rodean la fábrica. Es jueves de funeral pero también es jueves de carreras y los teléfonos de la ciudad no

funcionan mientras piquetes de huelguistas encabezados por banderas rojas detienen tranvías en Santa Fe y Pueyrredón, en Córdoba y Salguero tumban e incendian otros. *¡Es la ola roja!* escribe monseñor De Andrea en “La perturbación social contemporánea” y apela a la ayuda del *elemento sano de la población*. El ministro de guerra anuncia que las tropas de Campo de Mayo están acuarteladas y que refuerzos de Río Santiago avanzan sobre la ciudad. Los acorazados Garibaldi y Belgrano arriban a Dársena Norte y apuntan sus cañones hacia el sur de la ciudad. *Yrigoyen convoca a los hombres del orden* comenta La Razón; la Liga Patriótica Argentina y la Asociación del Trabajo aplauden. En la Cámara, los diputados Dickman y Bravo exigen un homenaje a los obreros muertos. Al pie de la estatua del Pensador de Rodin hay unos hombres tirados en el suelo: unos están muertos; otros se han tumbado para tomar fresco.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*—¡Los de la guardia blanca: ya doblaron la esquina! -un chico de orejas muy separadas, casi transparentes, entró a la sala de billares dando un portazo y se apoyó en el mostrador- ¡Por allí: ya vienen! - señaló con la voz entrecortada. Hizo un silencio, esperó algo parpadeando, nada, y volvió a salir por la puerta del fondo.*

*El yeide estaba apoyado en su taco de billar. Miró esa puerta que se batía, contempló el mostrador y algo invisible que volaba; después tomó la tiza azul y la apoyó en la punta refregando despacio y controlando de vez en cuando los bordes: el polvo le caía sobre los dedos, los sopló, los agitó en el aire. Bien, murmuró y a través de la vidriera los vio acercarse: la otra esquina, por el medio de la calle y eran dos, uno que avanzaba con el paso decidido y el otro mucho más bajo y gordo. Miró el reloj de la pared: nueve y veintisiete.*

## VERANO

En el arsenal de guerra se produce otro tiroteo: son los huelguistas que solicitan su adhesión a los obreros. Como ya son más de cincuenta los tranvías del Anglo incendiados el ministro de Su Majestad Británica hace una enérgica presentación “por tratarse de una empresa inglesa”. Entre las barricadas levantadas en Cochabamba y Urquiza y las de Loria y Carlos Calvo hay más de doscientos caballos sueltos de las chatas de Vasena que galopan por encima de las veredas cada vez que se oyen descargas de fusilería. Cuando los intervalos de silencio se prolongan, soldados del comandante Núñez hacen blanco sobre los más enardecidos: cinco, ocho, nueve quedan despatarrados en el pavimento.

## PÁRRAFOS DEL SAMOVAR

*Esos dos tipos entraron y el yeide advirtió que el sastre Godard, con la espalda encorvada, se levantaba de una de las butacas de teatro que rodeaban la mesa de billar. Golpeó apenas el asiento de madera pero esos dos se detuvieron: el más alto, de rancho, exhibía un revólver en la mano. Ese no es mucho mayor que Saúl, calculó el yeide. Estaría en alguna facultad. Pero no en medicina. No, y dejó la tiza en el borde de la mesa. El más gordo, peinado con el pelo muy tirante, parecía satisfecho con su carabina y esperaba para ver qué hacía el otro.*

*El del revólver miró en derredor:*

*—A ver: vos -dijo señalándolo a Godard.*

*La barba amarillenta del sastre se estremeció; hizo un movimiento como si se sacudiera un insecto de los hombros y se fue acercando con asombro, como desconcertado porque se ocupaban de él. Ese tampoco tiene miedo, pensó el yeide. Como yo. No tuvo tiempo de sentir miedo. Porque el miedo necesitaba tiempo para pensarlo.*

*El del revólver miró de arriba abajo a su compañero; parecía calcular si su ropa le quedaba a su medida. Después se volvió con un movimiento de pájaro hacia Godard:*

*—Che, moishe -hizo resonar los dedos-, cerrále la bragueta al señor -tenía los ojos sin brillo y el compañero lo miraba sin comprender- Vamos, vamos -lo apuró a Godard y el yeide se alegró de que la cosa fuera eso y no pasara de ahí: Si en este país todo se arregla conversando, si la gente está dispuesta a entenderse; América y la Argentina, no Vilna; lo caliente impregnado con el verde y la arcilla benévola. Pero Godard vacilaba y esos dedos volvieron a restallar. Rápido, orden. Godard miró hacia el mostrador, hacia la mesa de billar, alzó apenas los hombros y finalmente se agachó un poco y le puso las manos sobre el pantalón del gordo de la carabina lo contemplaba dejándolo hacer, después se sonrojó y soltó una risita nerviosa, como juguetona:*

*—Dejá, moishe.*

*Godard seguía.*

*—Ya está bien, te digo —y el gordo le dio un manotazo en los dedos- No ves que me estás haciendo cosquillas, moishe.*

*Godard se irguió pausadamente:*

*—No me llamo Moisés -dijo-, sino Aarón. Aarón -repitió mientras retrocedía hasta el mostrador.*

*En ese momento la cortina que cubría la entrada del Reservado para Familias se hinchó redonda. Parecía una vela, como si fuera el viento. Que no pase nada, pensó el yeide como si rezara. Que no pase. No Vilna, no antes. Pero el del revólver apuntó:*

*—¿Quién está ahí?*

*El más bajo sólo vio el ademán de su compañero.*

*Era una carabina demasiado grande la que cargaba y apuntó. Allí estaba la mesa de billar: las balas salieron con un carraspeo lento pero atronador; corrían por debajo del paño verde: eran gusanos o chicos jugando debajo de una alfombra. La descarga fue muy breve y el Godard se apretó contra el mostrador. Vilna y yo me llamo Aarón. La cortina del Reservado para Familias se volvió a hinchar, se sacudió con un*

*revuelo y fugazmente brilló la chaquetilla blanca del mozo: caminaba de espaldas y con la bandeja cargada de vasos de cerveza. Eh, eh, y se enredó en los flecos del borde. La bandeja era un disco plateado. Y las copas se cayeron estallando contra el piso: la cerveza corrió; una enorme meada de caballo, amarilla y blanca en los bordes.*

*—Pero, muchachos -se atrevió a decir el yeide adelantándose — Miren que...*

*El del revólver no lo dejó terminar. Un pac seco se mezcló con el eco de la ráfaga de la carabina y el ruido de los vidrios astillados que todavía resonaba en el fondo del local, rebotando en las paredes con un tintineo de las botellas rojas, Pinal y verdes del mostrador.*

*—No es para tan...*

*El yeide se apoyó firmemente en el taco como si fuera a levantarse y caminar mucho y cruzar un desierto o como si todavía no hubiera encontrado el lugar del cuerpo que le dolía. Bajó la cabeza y volvió a distinguir los botines de playa del más bajo que parecía fascinado y el hilo que salía por la boca del revólver y frunció la nariz con ese olor, con el dolor, con las ganas de llorar. El taco se quebró y el yeide trastabilló agarrándose del marcador del billar: las bolillas empezaron a girar y los tacos cayeron de la repisa formando un lento abanico, con la regularidad de unos gimnastas. El yeide se agarró rígidamente del aparato del taxi como de los hombros de un viejo amigo de Tulchin, mi querido Aarón, el desierto y señalando y frunciendo los labios se cayó. La tapa de la máquina se abrió y una bola blanca y otra roja rodaron rebotando sobre ese cuerpo estirado y se deslizaron por el suelo. La tarifa del taxi se puso en movimiento, suelta, acelerada: 1,05; 1,10; 1,15; 1,20. Una blanca se detuvo al llegar junto a la espuma de la cerveza y allí se quedó girando.*

## VERANO

Elpidio González está dispuesto a lograr *un arreglo equitativo* dice el diario oficial. Llega a Vasena mientras los grandes depósitos

de carbón de la fábrica son incendiados. Mantiene una entrevista infructuosa con los obreros y al salir intenta hablar subiéndose a una de las chatas volcadas. Lo abuchean, debe irse rodeado de policías y resuelve instalar su despacho en la comisaría veinte. *En el mismo frente de batalla* comenta el diario oficial. Las cargas del Escuadrón son permanentes y los tiroteos se concentran en esa zona. *Demagogia fácil* titula La Razón. Y se da a conocer una noticia: los directores de Vasena aceptan las bases planteadas. Es el momento en que los huelguistas parecen indecisos; algunos proponen seguir, los sindicalistas se oponen: Hemos logrado lo que nos habíamos propuesto, argumentan. Los enfrentamientos internos hacen crisis: *Intromisión de factores extraños al gremialismo orgánico* explica el diario socialista. *Manejos de la política criolla*. La FORA del quinto congreso se les enfrenta: ¡Reivindicaos, proletarios! -dicen sus volantes- *Viva la huelga general revolucionaria*. El ejército rodea la fábrica: siete cañones emplazados.

## QUÉ YUNTA

El zaguán. Menos mal que estaba fresco. En realidad, todos los zaguanes eran frescos. Respiró hondo dejando correr el dedo sobre ese borde de azulejos con volutas y pasó la cancel.

—¡Adiós, Camilito!

En el fondo del patio una pareja bailaba alrededor de un gráfono, Camilo alzó apenas la mano y murmuró Adiós.

—¿Estás de novio esta noche? -era la mujer, la Estrella y le sonreía.

—Dejálo- el hombre la sacudió familiarmente- . ¿No ves que va de incógnito?

—Es que me gusta provocarlo.

—Dejalo. Va solo.

Los dos se rieron, volvieron a saludar agitando los brazos, después se miraron con ternura y se quebraron en un corte entre unas macetas con malvones y en la penumbra.

Bien, aprobó Camilo maquinalmente, se acercó a esa puerta y golpeó con los nudillos.

—¿Quién? -susurraron desde adentro.

—Yo -la franja de luz se amplió a los pies de Camilo- ¿Se puede?

—Sí. Adelante.

Camilo terminó de abrir lentamente y en el fondo de la habitación fue apareciendo esa cama monumental.

## VERANO

Madrugada del viernes y los diarios anuncian la terminación de la huelga: *Los obreros de Vasena vuelven al trabajo. El ejército vigila.* De Berlín, la rebelión del grupo Spartacus ha sido liquidada: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son fusilados. *La semana roja ha terminado frente al ejército.* Una comisión de la FORA del noveno congreso -Sebastián Marotta, Manuel González Maceda, Pedro Vengut y Juan Cuomo- se entrevistan con Elpidio González. Después pasan a verlo a Yrigoyen. Alfredo Vasena, que está presente, llega a un acuerdo final. *Es función del ejército mantener la paz interior,* La Prensa. Y La Nación: *El ejército debe estar siempre alerta para otras eventualidades como la que ha vivido el país.*

## QUÉ YUNTA

—Qué horas de llegar.

—El calor -señaló Camilo vagamente.

—Pero si siempre es así en esta época. Por algo estamos en verano.

—Cierto: el verano.

Cleo se incorporó un poco:

-¿Te pasa algo? -y se cruzaba el batón sobre el pecho.

-No. Nada.

-Andás con mala cara, sin embargo. Cuidáte: mirá que La Prensa dice que hay epidemia de tos convulsa.

-Sí -cabeceó Camilo: contempló ese diario arrugado, lo tocó con el dedo y después la observó lentamente: Cleo en la cama; él ahí, de pie y colgado en la pared ese cuadro: una señora con la cara apoyada en la mano, un jardín con balaustrada, y, al fondo, el Vesubio, el mar, Italia, el cielo sin nubes. Un cielo europeo de seda y lejano.

-¿Venís?

Camilo se pasó la mano por las mejillas:

-Te voy a raspar -advirtió.

-No importa -Cleo se había echado hacia atrás y le extendía los brazos - ¿No querés que hagamos conejito?





La Biblioteca Militante se compondrá de un total de 250 títulos divididos en cinco colecciones. Con este emprendimiento, *Razón y Revolución* se propone contribuir a la formación política y cultural de sus lectores, brindando una amplia selección de títulos y autores, de lectura ágil y gran importancia, a un precio irrisorio para lo que es actualmente el mercado editorial. La Biblioteca quiere militar por el socialismo en el sentido más general: demostrando que existe como una potencia siempre latente en el alma humana. Autores de los más diversos traerán mes a mes un aspecto, un elemento y una perspectiva de la realidad que buscarán enriquecer la mirada del lector y ayudarlo a construir una cultura socialista.

La Colección Literatura en Acción dedicará sus páginas a la edición de narrativa, poesía y teatro. Por ella pasarán tanto autores clásicos como de escasa fama pero gran valor, que todo lector curioso debería conocer. Esperamos que cada uno de estos libros logre conmover a quien lo lea y avive el fuego de la lucha por un mundo mejor.

## Colección Historia Argentina

Juan Carlos Torre: *La vieja guardia sindical y Perón*

Edgardo Bilsky: *La semana trágica*

*Próximamente*

---

Jorge Roze: *Conflictos agrarios en Argentina. El proceso liguista*

Ian Rutledge: *Cambio agrario e integración. El desarrollo del capitalismo en Jujuy: 1550-1960*

Raúl Dargoltz: *El Santiagueñazo. Gestación y crónica de una pueblada argentina*

Natalia Duval: *Los sindicatos clasistas: SITRAC (1970-71)*

Julio Frydenberg y Miguel Ruffo: *La semana roja de 1909*

## Colección Básicos del Socialismo

Daniel Guérin: *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa*

Víctor Serge: *El año I de la Revolución Rusa*

*Próximamente*

---

Karl Marx y Bruno Bauer: *Sobre la cuestión judía*

Guillermo Lora: *Revolución y foquismo*

Paul Mattick: *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*

Rosa Luxemburgo: *Huelga de masas, partido y sindicato*

Federico Engels: *Los bakuninistas en acción*

James Cannon: *Historia del Troskismo americano*

## Colección Arte y Filosofía

Alex Callinicos: *Contra el posmodernismo*

José Mariategui: *Critica Literaria*

*Próximamente*  
.....

Paul Lafargue y Jean Jaures: *Idealismo y materialismo en la concepción de la historia*

George Politzer: *Principios elementales de filosofía*

Federico Engels: *Ludwig Feuerbach o el fin de la filosofía clásica alemana*

## Colección Problemas Contemporáneos

Daniel Pereyra: *Del Moncada a Chiapas. Historia de la Lucha Armada en América Latina*

Lillian Hellman: *Tiempo de Canallas*

*Próximamente*  
.....

Liborio Justo: *Masas y balas*

Alejandro Valle Baeza: *México, otro capitalismo fallido*

## Colección Literatura en Acción

David Viñas: *En la semana trágica*

Andrés Rivera: *El precio*

*Próximamente*

---

César Vallejo: *Cuentos*

José González Castillo: *Los invertidos y otras obras*

Andrés Rivera: *Los que no mueren*

